

Retrato de época 1910-1940

FRANCISCO J. NÚÑEZ DE LA PEÑA

Historia

 **iteso**

cuadernos
de divulgación
académica

28

Retrato de época

1910-1940



Retrato de época
1910-1940



FRANCISCO J. NÚÑEZ DE LA PEÑA

Historia



iteso



cuadernos
de divulgación
académica

ITESO

Rector:

Lic. Pablo Humberto Posada Velázquez, S.J.

Director General Académico

Mtro. Carlos Corona Caraveo

Director de Relaciones Externas:

Lic. Pedro Núñez Hermosillo

Jefe de Extensión Universitaria:

Dr. Pablo Lasso Gómez

Responsable de Publicaciones:

Lic. Cecilia Herrera de Félix

© D.R. 1996, Instituto Tecnológico
y de Estudios Superiores de Occidente, ITESO,
Periférico Sur 8585, Tlaquepaque, Jal.

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

ISBN 968-6101-52-7

A la memoria de mi madre

Índice

Montaje fotográfico	9
Dos celebraciones	11
Suave, patria	25
Los años treinta	47
Referencias bibliográficas	65

Montaje fotográfico

Este retrato de época, la de 1910-1940, tiene un objetivo: los aspectos de la vida cotidiana de los mexicanos, los muy diversos mexicanos; los aspectos más generales, los de los medios de subsistencia (o si se quiere, el trabajo), los de las necesidades diarias (casa, vestido y sustento) y los del ocio y el juego. El primer montaje, así como los siguientes, está enmarcado en el ambiente político, económico, social y cultural de esos años.

Hay, con seguridad, instantáneas casi veladas, movidas, con alto contraste, recortadas (por antiguas); las hay individuales, de cuerpo entero o tamaño credencial, y de grupo; hay también vistas aéreas, panorámicas (como de tarjeta postal) y algunos acercamientos. Incluso unas tienen más colorido que otras, aunque es difícil hacer notar el blanco y negro, el sepia, los colores. En fin, en tratándose de un álbum, los retratos pueden identificarse por fecha. La primera cabeza de grabado es:

Dos celebraciones

Los escritores y oradores de muchas lenguas lo ensalzaron como la salvación de su país, el padre sabio y severo de su pueblo. Un genio. Un coloso. Inescrutable. Incomparable. Insustituible.

ANITA BRENNER¹

Pasaron sets, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en la luz de la luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos, menos con los montones de cadáveres. Estos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

MARTÍN LUIS GUZMÁN²

En 1943 la norteamericana Anita Brenner publicó un libro, titulado en español *La Revolución en blanco y negro*, un testimonio o narración histórica, una imagen de nosotros y nuestra historia, un retrato, con su lente, de la Revolución Mexicana, desde la caída de Porfirio Díaz hasta 1942, casi los mismos años del nuestro, que se podría iniciar con las fiestas del Centenario.

En el otoño de 1910 el octogenario general Porfirio Díaz planeaba celebrar su cosecha, sus logros, como una apoteosis patriótica de 100 años de independencia nacional. Septiembre, el mes de la patria, y una parte del presupuesto nacional se habían reservado para las fiestas. En la capital del país la Plaza de la Constitución, la Catedral, el Palacio Nacional, las avenidas y paseos estaban radiantemente iluminados. Niñas pequeñas esparcían flores en las calles, carros alegóricos desfilaban ostentando damiselas con ropajes griegos, sosteniendo pergaminos con palabras maravillosas:

patria,
 progreso,
 industria,
 ciencia.

Se exhibía toda clase de pruebas de cultura y prosperidad: el túnel del drenaje y la oficina de correos estilo renacentista de la ciudad de México; las luces eléctricas en las principales ciudades del país; los tranvías, los teléfonos, el sistema de telégrafo nacional y los puntuales ferrocarriles; los cuatro puertos dragados y adaptados para el comercio marítimo; las industrias textilera, de fundición, de acero, de papel; el telón de cristal hecho por Tiffany...³ Esta era una visión inmaculada de México.

Sin embargo, ese año hubo un signo de mal agüero. En el cielo apareció el cometa Halley y los pocos alfabetos se dijeron que no había nada que temer; pero en la tierra había fervor político, pues desde 1909 el todavía treintón Francisco Ignacio Madero, natural de Parras, Coahuila, andaba en campaña antirreeleccionista por el país: México, Veracruz, Progreso, Mérida, Campeche, Tampico, Monterrey, San Pedro de las Colonias, Querétaro, Guadalajara, Colima, Mazatlán, Culiacán, Navojoa, Alamos, Guaymas, Hermosillo, Nogales, Ciudad Juárez, Chihuahua, Parral, Torreón, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Puebla, Jalapa, Veracruz, Orizaba, etc. Don Francisco había escrito en 1908 un libro titulado *La sucesión presidencial en 1910* que en los primeros días de 1909 se vendía como pan caliente; en él se hacía el diagnóstico del mal mexicano y se daba la receta para curarlo. Para el apóstol de la democracia el mal era el poder absoluto, el poder en manos de un solo hombre; y el remedio, las prácticas democráticas y la libertad política, los límites al poder.⁴

Luego, Madero, con la ayuda del poeta Ramón López Velarde, entre otros, redactó el prerrevolucionario Plan de

San Luis, fechado en San Luis Potosí el 5 de octubre de 1910, cuyo artículo primero declaraba nulas las elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, magistrados a la Suprema Corte de la Nación, diputados y senadores celebradas en junio y julio de ese año. En el texto anterior al articulado se lee:

pero como es necesario que el nuevo gobierno dimanado del último fraude no pueda recibirse ya del poder, o por lo menos se encuentre con la mayor parte de la Nación protestando con las armas en la mano, he designado el domingo 20 del entrante noviembre para que de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas.⁵

Por eso el 20 de noviembre es también fecha de celebración en el calendario nacional; marca, simbólicamente, el inicio de la Revolución, aunque sus antecedentes se remonten tal vez hacia 1904, según se deduce del tomo 7 de *Así fue la Revolución Mexicana*.

Pues bien, aunque en una cronología sin lugar a dudas 1910 podría llevar el título de "De la apoteosis a la revuelta", esto no significa que los poco más de 15 millones de habitantes en México estuvieron envueltos en ellas. Por ejemplo, a los indios, a los campesinos y a la gente con cara de pobre se les prohibió participar en la apoteosis, es decir, aparecer en las principales avenidas de la ciudad de México en las fiestas de ese año, a pesar de que entonces los indios, los campesinos y los pobres estaban de moda en el país;⁶ sobra decir que ellos tampoco fueron invitados a las inauguraciones del manicomio general en Mixcoac, de la estación sismológica central, del edificio para la Escuela Normal de Maestras, de la Universidad Nacional y de la ampliación de la penitenciaría, o a las veladas en el teatro Arbeu y a las fiestas en el bosque de Chapultepec que fueron parte del programa oficial para la celebración, en la ciudad de México, del primer centenario de la Independencia en

septiembre de 1910.⁷ En ese mes, en el *Diablito Rojo*, un editorial gráfico de José Guadalupe Posada, titulado "Lo que viene al Centenario", podría hacernos comprender la situación prevaleciente en el país: un ferrocarril que va a La Porra y de donde está bajando una señora con una petaca que es la Crisis; el tabernero, el empeñero y el cacique detienen a la mujer. Esperando en la estación se ve a dos figuras miserables que representan la industria y el comercio nacionales. Sobre estas dos figuras vuela un pajarraco, la Miseria.⁸

Por otra parte, desde luego, el número de los revolucionarios era menor que el de los revolucionados. Además de que no todo mundo era partidario de las balas o no tenía edad, tiempo, aptitud o algo que ganar para andar entre la bola, la geografía de la revolución tampoco era un fiel reflejo de la distribución espacial de la población. Según el censo de 1910, los estados más poblados eran Jalisco, Veracruz, Puebla, Guanajuato y Oaxaca, con más de un millón de habitantes cada uno. En cambio Chihuahua (residencia de Villa), Coahuila (cuna de Carranza), Sonora (de Obregón y Elías Calles) y Morelos (de Zapata) juntos, apenas igualaban la población de Jalisco.⁹

En el trayecto de 1911 a 1917, el periodo de la revolución armada, las imágenes fluctúan entre el combate y el debate, entre la pólvora y la palabra, entre la fuerza de las armas y la fuerza de la razón, entre la guerra y la paz, entre la muerte y la vida. En 1911 hay tres gobiernos (Díaz, Madero y Francisco León de la Barra) y siguen las balas; en 1912, a pesar de la conciliación, no hay un día de sosiego. En febrero de 1913, el jalisciense Victoriano Huerta asume el poder por la vía del cuartelazo. Y como la vida cotidiana seguía más o menos su ritmo antes de los días aciagos de la Decena Trágica, cuando moriría el general tapatío Bernardo Reyes al intentar apoderarse del Palacio Nacional, su regiomontano hijo Alfonso escribía el 7 de febrero acerca de cuestiones al parecer ajenas a las turbulencias del momento; así concluye su artículo "El

hombre desnudo', publicado en *Nosotros* (Revista de Arte y Educación):

El vulgo, pues, ni en su vida ni en sus palabras es sencillo. El vulgo es el conservador de la naturaleza fantástica, la vestal del misterio. El plebeyo es el hombre desnudo; representa la existencia humana en su crudo aspecto de problema, de asombro, de guerra y de símbolo confuso.¹⁰

Por otra parte, el número de *Revista de Revistas* correspondiente al 16 de febrero de ese año no pudo salir a la luz: pero el domingo 23 se publicó un *extra* acerca de la Decena Trágica. Se lee en el editorial:

No son precisamente estos momentos para juzgar de los trascendentales acontecimientos que acaban de verificarse en la capital de la República: aún resuena el eco del cañón; aún no se han secado las lágrimas arrancadas ante el triste espectáculo de la muerte que se cernió en el límpido cielo de la ciudad; aún están exaltados los ánimos y falta capacidad para discernir acertadamente en este mar de pasiones, en esta tormenta espantosa de ambiciones legítimas, de ideales generosos, de decepciones profundas.¹¹

Pero aún en esas circunstancias, parecía aprobarse el asalto huertista. Y José Juan Tablada, en su nota "Después del bombardeo. Las lunas de febrero" escribía poéticamente:

aquella luna de febrero que durante todas las fases de su creciente se había asomado sobre la ciudad alumbrando espectralmente las noches ensangrentadas y trágicas, se encumbraba ahora en magnífica ascensión de plenilunio, sobre el cielo de violeta sombrío, imponderablemente suave. Al lado opuesto del horizonte el crepúsculo escarlata y trágico, como el último vestigio de la lucha, se desvanecía ante la serena aparición lunar.¹²

La capital del país, con su medio millón de habitantes, por primera vez en esos años sufre los efectos de la guerra. Según la nota retórica de *Revista de Revistas* titulada "La decena trágica"

Desde la toma de la gran Tenochtitlan por Hernán Cortés, el año de 1521, la Venecia de Anáhuac, la clásica Ciudad de los Palacios, no había sufrido una conmoción tan terrible, ni sus calles habían visto escenas de tan pavorosa tragedia como las que se iniciaron la madrugada del domingo 9 y tuvieron epílogo el 18 de febrero.¹³

A pesar de la tragedia, el semanario incluyó en su edición extraordinaria una "Página humorística", donde Rejúpiter inició así:

Los diez días de fandango bélico que nos hemos echado al pico, metidos en nuestras respectivas tebaidas, valen la nota por las enseñanzas que nos han dado y las cosas risibles que hemos podido veo.

Y terminó como sigue:

Como yo vivo en sitio que pareció seguro a mis parientes, he aquí que en estos momentos mi casa parece el Arca de Noé: "me han caído" tres cuñados, cuatro tías, cinco primos segundos y dos amigos "del alma", todos con sus familias y perros inclusive.

Enhorabuena que triunfe el felicismo y que a Madero se lo haya llevado la canción; pero ¿qué hago con esta tribu, en tiempo de carestía y sin poder cobrar las decenas?

Como no le pase la cuenta al señor don Félix, no sé qué vamos a cenar esta noche.¹⁴

En su edición del 2 de marzo, la citada revista informó de la muerte trágica del presidente Madero y del vicepresidente

José María Pino Suárez y publicó un comentario crítico titulado "El Presidente del pueblo":

Después de la trágica muerte del señor don Francisco I. Madero, el cariño popular hacia el hombre que inconscientemente todo lo pospuso al deseo de mejorar la condición deplorable de nuestro pueblo bajo estalló en ingenuas manifestaciones, ya prendiendo cirios en los altares caseros o en el lugar de la tragedia, ya en humildes ramilletes que las mujeres del pueblo han estado llevando a la tumba del expresidente de la República.

Según esta nota, el error más lamentable de Madero había sido su creencia en que "con base en las clases ínfimas de la sociedad, podía organizar un gobierno democrático", pues en los tiempos modernos las democracias deben estar constituidas por

un núcleo de hombres intelectuales y generosos [...] Querer fundar un gobierno democrático, extrayendo sus elementos principales de las clases ínfimas de la sociedad; prometer a esas masas la redención y la regeneración violentas; creer que una revolución o un decreto tienen la virtud de transformar en veinticuatro horas las condiciones generales de un país [...] es exponerse al más triste de los fracasos y exponer también a la patria a las horrorosas convulsiones de la guerra civil.¹⁵

La guerra civil se agravó. Venustiano Carranza no estuvo de acuerdo con el golpe y se convirtió en el primer gobernador rebelde. Después de Coahuila, Sonora se declaró en lucha contra Huerta. También en Chihuahua y en Morelos se dieron pronto brotes de rebelión. Escenarios de menor importancia fueron Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Sinaloa y Michoacán. En 1914 había movimientos antihuertistas en casi todo el país, y a mediados del año era inminente el triunfo constitucionalista.¹⁶ La toma de Torreón por Villa el 2 de abril fue una de las batallas de mayor significación en la lucha contra el huertismo; la posesión de este punto ferrocarrilero fue el preámbulo para la decisiva victoria en

Zacatecas.¹⁷ Estas victorias fueron celebradas en sendos corridos: "De la salida de los 'gachupines' de la ciudad de Torreón" y "De la toma de Zacatecas". De este último son los versos siguientes:

Voy a cantar estos versos,
de tinta tienden sus letras,
voy a cantarles a ustedes
la toma de Zacatecas.

Mil novecientos catorce,
mes de junio veintitrés,
fue tomado Zacatecas
entre las cinco y las seis.
[...]

¡Ay, hermoso Zacatecas!,
mira cómo te han dejado,
la causa fue el viejo Huerta
y tanto rico allegado.

Estaban todas las calles
de muertos *entapizadas*
y las cuadras por el fuego
todititas destrozadas.¹⁸

Con la caída de Zacatecas el camino hacia México estaba despejado, y así lo entendió Huerta. El 15 de julio Francisco S. Carbajal quedaría como Presidente Interino. Pero con la salida de Huerta no terminó la revolución y la guerra. Además, se inició una hambruna, de mayor o menor gravedad según la devastación que sufrieron las diversas regiones y las comunicaciones con los centros productores. En Monterrey, por ejemplo, los precios del maíz y del frijo —sustento nacional— aumentaron entre 200% y 400%. En Sinaloa la desesperación llegó al grado de que algunas madres ofrecieron en venta a sus hijos para alimentarlos. La situación se agravó porque después de la victoria sobre Huerta las

facciones revolucionarias se enfrentaron entre sí por la conquista de la capital del país.¹⁹

Después de la ocupación de la ciudad de México por el Ejército Constitucionalista se hicieron patentes los conflictos entre Carranza y Villa. Luego las fuerzas revolucionarias, reunidas en asamblea (en octubre y noviembre) —la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes—, intentó resolver dos grandes problemas: la elección del nuevo Presidente de la República y la conciliación entre Carranza y Villa. No obstante, la revolución se escinde y Carranza se establece en Veracruz. Para darse una idea del esfuerzo nacional de guerra bastaría un indicador: en el ejercicio fiscal 1914-1915, casi un tercio del presupuesto de egresos de la Federación correspondía a la Secretaría de Guerra y Marina.²⁰

En 1915, año de la encrucijada, se sigue combatiendo en el país;²¹ en mayo, cuando los convencionistas ocupan la capital, personas enfermizas recorrían los llanos del sur de la ciudad de México para proveerse de acelgas, hongos y verdolagas, y en su desesperación comían incluso animales domésticos y de tiro enfermos. Algunos hospitales y asilos lanzaron a la calle enfermos y protegidos; crecieron los asaltos en las calles; mujeres, jóvenes y viejas se prostituyeron para obtener alimentos. Mientras algunos exfuncionarios porfiristas vendían leña, en las barriadas se formaban enormes colas de mujeres para comprar alimentos y carbón; varios ofrecieron pianos y automóviles por artículos de primera necesidad.²²

En 1916 se aproxima una solución y el Congreso Constituyente se instala en diciembre. Por fin, el 5 de febrero de 1917 se promulga la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que a *Revista de Revistas* no le hizo mucha gracia y prefirió referirse al pasado, según se desprende de su editorial del día 4, titulado "La Constitución de 1857":

Los legisladores de Querétaro acaban de poner un epitafio a la Carta Política de la República, que cumplió en estos días sesenta años de su promulgación.²³

Pocos días después, en la ciudad de México, salió a la luz pública una revista semanal, *Pegaso*, dirigida conjuntamente por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde; una revista ilustrada en la que conviven la literatura, la información periodística, el comentario de espectáculos y deportes, y las variedades de entretenimiento. En sus únicos 15 números, la actualidad política de México casi pasó inadvertida al semanario, pues al parecer le preocupaba más la Gran Guerra, la guerra en Europa. Algunas excepciones fueron un artículo de Carlos González Peña ("El héroe retorna", núm. 9), un anuncio de la librería de la Vda. de Ch. Bouret de la obra en venta del general Alvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña* (núm. 10), un artículo sobre la desaparición del zapatismo (núm. 12), otro acerca de la repartición de tierras (núm. 14) y uno más sobre el crédito rural (núm. 15). Pero, para los fines de este retrato, conviene hojear el número inaugural (8 de marzo de 1917), donde López Velarde hace una crónica de la ya nombrada avenida Madero de la capital del país (antes San Francisco y Plateros), recordando a la República castrense:

Tratándose de entusiasmos cívicos, cuando vine a Méjico a radicarme, yo tenía ya la ropa tendida a secar. Por ello he sido un observador suficiente de las congestiones políticas, menos cuando en la banqueta del Cine Palacio, al consumarse el Cuartelazo, me robaron mi reloj unos energúmenos que vitoreaban a la Ciudadela. Mis sentimientos antimilitaristas alcanzaron la forma del rencor de bolsillo con aquella sustracción, que no he podido reparar, no ya con un reloj de pulsera, de geometría arbitraria, de los que ama Rebolledo, pero ni con un inestable Ingersoll.²⁴

En mayo, el Primer Jefe, Carranza, se convirtió en Presidente Constitucional. Durante tres años de ceremonioso gobierno no habría paz en los frentes militares ni en los sociales, ni en la diplomacia internacional ni en las conciencias. La revolución no había concluido.²⁵ Por esos días Genaro Estrada veía a la capital del país inundada de automóviles:

Los ómnibus automóviles comienzan a inundar la capital y ya más de alguna persona se habrá reconciliado con los que antaño erigían su individualidad en la posesión de un motor, mientras que el común de los ciudadanos caminábamos trabajosamente a pie. El problema de ir en automóvil, que había provocado el insomnio en sujetos muy recomendables, se resuelve ahora con diez centavos, y a falta de un coche que nos conduzca a nuestro antojo desde el Zócalo hasta el Bosque y de Peralvillo al Niño Perdido, hemos conquistado la pequeña satisfacción de viajar sobre neumáticos desde el Cinco de Mayo hasta la Alameda de Santa María, con derecho a ver una sola de las aceras del trayecto.²⁶

Además del nuevo tránsito de la ciudad de México, el panorama económico del país en el año de la Constitución era desastroso. El desempleo era creciente y la situación era terrible en el campo. Según narra González Navarro, todavía el 20 de julio la cámara de comercio queretana presentó un proyecto para hacer obligatorio "que las cámaras de comercio conjuraran las hambres", vendiendo los artículos de primera necesidad rigurosamente a precio de costo y bajo la vigilancia de las mismas.²⁷

El país seguía siendo un vasto campamento rebelde. La hoguera aún no se apagaba. Zapata continuaba su revolución en Morelos; en Veracruz operaba un sobrino de don Porfirio; en Chihuahua merodeaba Villa; tampoco estaban quietos en Oaxaca, la Huasteca, San Luis Potosí y Michoacán.

En sus tres años casi exactos de gobierno constitucional, Carranza logró poner en paz y mediante traición sólo a algunos jefes menores y a dos mayores: Felipe Angeles y

Zapata.²⁸ El 10 de abril de 1919, éste sería asesinado. Así comienza un corrido:

Escuchen, señores, oigan el corrido,
de un triste acontecimiento;
pues en Chinameca fue muerto a mansalva
Zapata, el gran insurrecto.

Abril de mil novecientos
diecinueve, en la memoria
quedarás del campesino
como una mancha en la historia.²⁹

Muchas mujeres y hombres lo lloraron, como Tomás Ortiz, según nos han contado:

Con detalles que a veces se acercaban a la verdad, la noticia se difundió en pocas horas. El general había sido invitado a beber unas cervezas y conversar con el jefe de los federales. Y allí mismo, sin mediar combate, le llenaron de plomo el cuerpo. Esa noche iban a llevarlo a Cuautla, y mañana sábado expondrían el cadáver para que ajenos y propios lo vieran y no cupiera duda de que el general rebelde había muerto. [...]

Salieron de Cuautla a mediodía. Caminaron de prisa, sin hablar, y de pronto, inesperadamente, Tomás se detuvo y se apoyó en un árbol. Dio la espalda al niño, y con la cara contra la corteza, echó a llorar. Lloró sin contenerse, con el cuerpo convulso y las manos apretadas contra el rostro. El niño se acercó, lo dejó llorar un rato y al fin dijo:

- Apúrese, papá. Ya ve que usted tenía prisa por ir a decirles que sí es el general.

Tomás no respondió y siguió llorando. Al rato se contuvo, tomó la mano del muchacho, la asió con fuerza y echaron a andar.

- Es que primero tenía que desahogarme.³⁰

Pero aún quedaba don Venustiano. Escribió Juan Bustillo Oro en su *crónica testimonial*, con palabras domingueras, que como

si se cumplieran las acotaciones de un bien compuesto poema dramático, justo cuando entraban en desgrane las últimas horas de la postrimera calendata de 1919, montóse en el vasto escenario nacional, con formidable despliegue de tramoya, el prólogo de nueva y trágica mudanza en la vida política de México; de modo misteriosamente semejante a como, en aquella madrugada del junio de 1911, con violentas sacudidas de tierra, se anticipó el movimiento de nuestra revolución social. Visto el juego de la girándula del pasado desde el alcor de hogaño, diríase que se intentaba, además, parangonar la muerte de un gran patricio, don Francisco Madero, con la de otro no menos ilustre, don Venustiano Carranza; y lo que significaron ambas en los cambios del rumbo de la patria.³¹

Así, poco a poco, llegaban los años veinte de la

Suave, patria

A principios de los veinte México experimentó una exaltación, un sentimiento estimulante, cuando el último jefe hizo sus arreglos con Obregón y cada agrarista colocó su arma en algún lugar seguro, como por ejemplo en la techumbre de paja. Era un mundo nuevo y primaveral en donde el temor había sido dominado.

ANITA BRENNER³²

La década de los Veintes abunda en valores ficticios: es la época de la bisutería, del similar, de los nuevos ricos. Y ello porque muchos de los viejos valores se han derrumbado. Todo cambia mucho más aprisa, y los que antes mandaban no saben adaptarse al cambio.

MANUEL DURÁN³³

Anita Brenner registra también la fase posterior a la revolución armada —viento que arrasó a México—, la de optimismo nacional, cuando parecía haber una fuerza liberada, cuando los "poetas escribían versos acerca de cables de alta tensión". Germán List Arzubide lo hace así:

Los hilos del telégrafo
van colando la noche
y en las últimas cartas regreso la distancia
y con la boca abierta
el crepúsculo espera
que se resbale la primera estrella.³⁴

En esos años, uno de los corridos mexicanos cantaba las esperanzas de la patria:

El pueblo y la fuerza armada
son de la misma opinión,
quieren que suba a la silla
el general Obregón.

Todo es un mismo partido,
ya no hay con quién pelear,
compañeros, ya no hay guerra,
vámonos a trabajar.³⁵

Según el relato de Krauze, a principios de 1919 Alvaro Obregón Salido "comienza a cosechar un producto más importante que el garbanzo: la unánime popularidad que lo llevará a la Presidencia".³⁶ El 1 de junio lanza su candidatura. Casi un año después, el 21 de mayo, en Tlaxcalantongo, le toca morir al presidente Venustiano Carranza mediante un procedimiento entonces más o menos usual: el asesinato. Tal vez por eso Julio Torri, humorista impávido, había escrito en 1915 "De fusilamientos", obra publicada el año cuando termina este montaje: 1940. Así era México en esos años que algunos historiadores llaman el "primer tramo". Cuando en el teatro militar, desde Jalisco hasta Chihuahua, el revolucionario Mariano Azuela escribía *Los de abajo*, Torri, revolucionado —como diría Luis González—, lanza estos dardos:

El fusilamiento es una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad.

Desde luego, se practica a las primeras horas de la madrugada [...]

El rocío de las yerbas moja lamentablemente nuestros zapatos, y el frescor del ambiente nos aromadiza [...]

La mala educación de los jefes de escolta arrebató a los fusilamientos muchos de sus mejores partidarios [...]

Los soldados rasos presentan a veces deplorable aspecto: los vestidos, viejos; crecidas las barbas; los zapatos cubiertos de polvo; y el mayor desaseo en las personas [...]

El público a esta clase de diversiones es siempre numeroso; lo constituyen gentes de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes [...]

Y luego, la carencia de especialistas de fusilamientos en la prensa periódica.³⁷

Ni modo, así era México. Los civiles no se llevaban bien con los fusiles. Unos mexicanos escribían novelas épicas y otros narraban como don Julio. La mayoría no sabía leer ni escribir, a juzgar por el conteo censal: los alfabetos apenas representaban una tercera parte de quienes tenían 10 años o más. Sólo unos cuantos iban a la escuela, aunque la Constitución mandaba que fueran más. Unos tenían zapatos y la mayoría, si bien le iba, huaraches; muchos andaban a raíz. La mayoría de los hombres vestía sombrero, aunque la calidad y la cantidad no era la misma para todos. Unos vivían en la ciudad y los más en el campo, o como se deduce del censo de 1921, de los más de 14 millones, sólo 31.2% se la pasaba en localidades con 2 mil habitantes o más; y es que casi tres de cada cuatro de los ocupados lo estaban en labores rústicas, como las de mayordomo, caporal, vaquero, pastor, tlachiquero o peón. Entonces la moda era hacer con adobe las paredes de las viviendas, aunque también había de tabique o ladrillo.³⁸ Exhibíamos, pues, contrastes, y uno de ellos era entre los revolucionarios y los revolucionados, es decir, la mayoría de los habitantes de México entre 1910 y 1940.³⁹

La patria vivía al día, de milagro, como la lotería. En lo que iba del siglo XX, según pudo documentarlas Moisés González Navarro, ya habíamos tenido tres crisis: la de 1907-1909, todavía en la edad porfiriana; la de 1916-1917 (la hambruna total) y la de 1917-1921.⁴⁰

Pues bien, a resultas del fallecimiento de don Venustiano, Adolfo de la Huerta, sonoreense, tuvo que quedarse interinamente con la Presidencia hasta el 30 de noviembre de 1920, en cuyo periodo el suave Presidente logró la pacificación general por métodos civiles: uno a uno los jefes militares que quedaban depusieron las armas por la buena.⁴¹ Luego, al general Obregón tocaría su turno: ser Presidente (1920-1924) y morir asesinado (1927)

No obstante, estábamos plenos de optimismo. El campo cultural empezaba a reverdecer. José Vasconcelos regresaba

de uno de sus exilios a impulsar la obra educativa y cultural, primeramente desde la Universidad Nacional y luego desde la nueva Secretaría de Educación Pública. Y como nadie es poeta en su tierra, como diría Mojarro,⁴² el 1 de junio 1921, en *El Maestro* (Revista de Cultura Nacional), publicada por el Departamento Universitario, el vate provinciano —jerezano para mayores señas—, cantaría "La Suave Patria", a la mitad del foro, desde la capital del país, donde "cada hora vuela/ojerosa y pintada, en carretela". En el Proemio, Ramón López Velarde, refleja, digo yo, las ansias de la época:

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

El civilismo, por el cual aparentemente luchó en vida Carranza, no pudo ser representado en la Presidencia de la República por su candidato Ignacio Bonillas.⁴³ A fin de cuentas el caudillo Obregón se llevó la palma en las elecciones de 1920.

Siendo ya presidente el general Obregón, el poeta de Zacatecas hace el recuento de la cornucopia mexicana, de la Patria "impecable y diamantina": el maíz, las minas, el cielo, los establos, el petróleo, los fuegos de artificio, el aguamiel, el barro, las panaderías y el pan bendito, los nopales y los rosales, el mujerío, el Palacio Nacional, la chía, los rebozos y las tinajas, las tierras labrantías.

El poeta quiere dicha eterna:

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario.⁴⁴

Según las *Estadísticas históricas de México*,⁴⁵ al inicio de los fabulosos veinte, en esta patria había por lo menos cuatro ciudades de menos de 10 mil habitantes (Cuernavaca,

Chilpancingo, La Paz y Tlaxcala) y siete de más de 10 pero menos de 20 (Ciudad Victoria, Culiacán, Guanajuato, Hermosillo, Tuxtla Gutiérrez, Villahermosa y Zacatecas); no llegaban a las tres decenas de miles Colima, Oaxaca y Jalapa; entre 30 y 50 mil estaban Aguascalientes, Chihuahua, Durango, Morelia, Pachuca, Querétaro y Toluca. Las ciudades mayores estaban en el norte, en el centro y en el sur:

- Ciudad de México
- Guadalajara
- Puebla
- Monterrey
- Mérida
- Veracruz
- San Luis Potosí.

Aunque no incluida en la lista anterior, Ciudad Juárez era en 1921 la localidad fronteriza más poblada en el lado mexicano (19,457 habitantes) y vivía un auge económico a partir de la Prohibición en Estados Unidos. Cuando en El Paso y en el resto de Texas se impuso el estado seco en 1918, y cuando la Ley Federal Volstead (el estatuto que imponía la Prohibición) entró en vigor en 1920,

los *gringos* de todo el sur, del medio oeste y del sudoeste descendieron a los pueblos de la frontera mexicana a calmar su sed de licores y a gozar de los placeres que no existían o estaban prohibidos por la ley en los Estados Unidos. Por ser la más grande de las ciudades de la frontera, Ciudad Juárez rápidamente estableció una gran variedad de entretenimientos muy populares para las multitudes de turistas.⁴⁶

El negocio de las diversiones contribuyó con sumas considerables de impuestos en forma de concesiones, licencias y cuotas de funcionamiento y las "cantinas cubrían sus paredes con los recibos de los impuestos municipales, estatales y federales".⁴⁷

Pero no sólo llegaba a Ciudad Juárez gente proveniente del norte. También del sur emigraban: "En toda la década de los veinte, los emigrantes, agobiados por la pobreza, llegaron del interior en trenes abarrotados. En 1920, en un solo día, siete carros de ferrocarril llenos de braceros miserables llegaron a Ciudad Juárez". Y en 1923, 49.6% de los casi 81 mil mexicanos que pasaron a Estados Unidos lo hicieron por el área Juárez-El Paso.⁴⁸

El otro México, la península de Baja California, cuyos hombres habían visto transcurrir un siglo sin participar de lleno en las angustias ni las esperanzas del resto de la patria, desde 1911 era río revuelto. Allá se conoce a la Revolución como la época del filibusterismo. Y en los años veinte Tijuana y Mexicali sufrieron otra invasión norteamericana: también les tocó ahogar con aguardiente el "estado seco" implantado en Estados Unidos. Se lee en una biografía de Baja California:

El auge de la perversión se inició poco después de la derrota del filibusterismo. En cierta forma, fue el desquite. El dinero que se invirtió para combatir la fracasada invasión yanqui se cobró después en dólares, explotando de los vecinos las pasiones y los deseos. Fuera de la metáfora, la fiebre del vicio fue la defensa única de las ciudades fronterizas bajacalifornianas contra la miseria, contra el olvido del Gobierno central.⁴⁹

Tijuana atraía grandes cantidades de visitantes del sur de California. Jack Dempsey a veces actuaba como juez honorario en las carreras de caballos y Charlie Chaplin frecuentaba el pueblo. El 4 de julio de 1920, unas 65 mil personas (según se informó) celebraron la independencia norteamericana en Tijuana. Ese día había tantos automóviles que en San Diego se agotó la gasolina. Y es que, como escribió la Junta de Temperancia, Prohibición y Moral Pública de la Iglesia Metodista en 1920:

Hay docenas de garitos, grandes cantinas, salones de baile, cervecerías, casas de camas, peleas de gallos, peleas de perros, corridas de toros.⁵⁰

En otro lugar del norte mexicano, Monterrey, la actividad era distinta. Después del vendaval revolucionario que había soplado durante la lucha armada, la industrialización continuaba su marcha. Según cuenta Salvador Novo, en 1923 la Cervecería Cuauhtémoc, fundada en 1890, "dotó a la cerveza de barril de la espuma compacta y agradable que debe al burbujeante gas carbónico; y en 1926 jubiló a las serviciales cajas de madera que en 1892 habían relevado a las barricas en el transporte de las botellas de cerveza". Por esos años la producción diaria llegó al medio millón de botellas.⁵¹

Hacia el sur está la ciudad de Zacatecas, civilizadora del norte, con su duro paisaje mineral, siempre impresionante a los ojos de Kuri Breña. Allí están para ser admirados por los viajeros de los años veinte sus barrios típicos —Cinco Señores, Mexicapan, el Pie de la Bufa, San Pedro, las Mercedes, los Pericos, la Pinta, los Mechones, los Pachones. Y los nombres expresivos y pintorescos de sus calles y callejuelas: denotan un fino sentido del humor, como el callejón de la Mantequilla, por resbaloso; el del Mono Prieto, el del Indio Triste, el del Toro; recuerdan oficios útiles y amables y rinden homenaje a famosos artesanos anónimos, como la calle de la Bordadora, la del Gorrero, la de Zapateros, el callejón del Santero, la de Caleros.⁵²

En Michoacán, la tranquilidad monacal de Morelia es sacudida por las medidas radicales del nuevo gobierno estatal encabezado por el artífice ideológico de la Constitución de 1917, el general Francisco J. Múgica: un incipiente reparto de tierras, un anticlericalismo fiero y una avanzada Ley del Trabajo. A mediados de junio de 1920, Lázaro Cárdenas había vuelto a su terruño como jefe de Operaciones Militares y, por unos días, como gobernador sustituto. Dice Krauze: "El

tiempo alcanza apenas a Cárdenas para promulgar una ley de salario mínimo y encarrilar a su amigo en la gubernatura", pues a finales de ese año parte a Sonora como jefe de la Primera Brigada. Luego ocupará la gubernatura en 1928.⁵³

En otros rumbos del país se pone acento en las cuestiones de la vivienda. En 1919, en el marco del Primer Congreso Nacional Socialista, cuyo propósito era que los obreros sindicalistas y socialistas "trataran de su porvenir", el comité organizador proponía un conjunto de medidas políticas y económicas, entre ellas, casas baratas para obreros, reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y lavaderos y baños públicos gratuitos.⁵⁴ La gravedad del problema de la renta de casas fue reconocida públicamente por el Secretario de Gobernación a finales de 1921. Y en 1922 el movimiento inquilinario era ya realidad en muchas ciudades del país: Veracruz, Guadalajara, México, Jalapa, Orizaba, Mérida y Puebla.⁵⁵

La huelga de inquilinos de mayor difusión fue la de Veracruz, la sexta ciudad más grande del país. La situación de la vivienda en el puerto, la coyuntura política favorable — el gobernador del estado, Adalberto Tejeda, simpatizaba con la huelga— y el carisma de Herón Proal fueron determinantes para que el movimiento de 1922, acontecimiento singular de la historia nacional, fuera de masas. Tejeda también alentaba otros movimientos sociales, por ejemplo, el agrarismo. Por ello le compusieron esta encendida décima:

Tejeda encendió la tea,
sin duda es mal elemento,
por dar su consentimiento
y fomentar esa idea;
pero el tonto que se crea
se quiere engañar él mismo,
fue hasta de balde el bautismo
y la señal en la frente,
si el crédito para siempre
*quiere hundir en el abismo.*⁵⁶

El acaparamiento de viviendas, edificios, comercios y tierras en manos de unos cuantos propietarios, los altos costos del alquiler y las condiciones de deterioro e insalubridad de gran parte de las casas en renta fueron los factores inmediatos que provocaron el surgimiento y la organización del Sindicato Revolucionario de Inquilinos en el puerto de Veracruz, cuyo secretario fue Proal. A final de cuentas, el 2 de mayo de 1923 el gobierno estatal promulgaría la Ley de Inquilinato, primera en su género en el país, después de los sucesos sangrientos del 6 de julio de 1922. En esta situación, los anunciantes no perdieron ocasión. Se lee en *El Dictamen* de Veracruz de la época:

La Crisis Está Que Trina;
El Calor es Asfixiante;
Proal se Pasea Triunfante;
El Burgués Triste Camina;
El Comercio sin Harina;
Se Hace Cola en los Empeños,
Y Sólo se Ven Risueños,
Y Con Gozo Extraordinario
A Quienes Fuman a Diario
Los Ovalados "Costeños".⁵⁷

En Guadalajara, el argentino Jenaro Laurito, líder del movimiento inquilinario, empezó 1922 predicando en el mercado Alcalde no pagar rentas e invitando a los oyentes a participar en el Sindicato Revolucionario de Inquilinos; y el 26 de marzo también ahí habría sucesos sangrientos.⁵⁸

Pues bien, cuando estos movimientos revolucionarios se desarrollaban, el 13 de abril de 1922 *Excélsior* hacía una iniciativa —algunos la calificaron de simpática, noble— que llegaría para quedarse: el 10 de mayo—el día escogido en Estados Unidos— de todos los años sería consagrado por los hijos a enaltecer en vida o en memoria a quienes les dieron el ser. Era la respuesta a lo que el señor Rafael Alducin,

guardián de la moral nacional y director del periódico de la vida nacional desde la capital del país, consideraba una campaña "suicida y criminal" proveniente de Mérida, Yucatán. Así, se iniciaron los festivales en honor de las cabecitas blancas: el jueves 10 de mayo de 1922, el encabezado de ocho columnas de la primera página de la segunda sección del citado matutino rezaba como sigue: "Hoy es el gran día consagrado a las madres". Y desde entonces los comerciantes hacen sugerencias de obsequios para las autoras de nuestros días: un reloj pulsera, un fino corte de seda, un libro selecto, un sombrero de moda, una sombrilla de seda, un fonógrafo nuevo, un piano automático, un par de guantes, un adorno para su alcoba [de adobe], un impermeable de gabardina, una fotografía artística, un candil eléctrico o un surtido de lencería. Bueno, eso se anunciaba en aquel tiempo para empezar a hacer tradicional el 10 de mayo.⁵⁹

Meses después, también en la capital del país, en diciembre, otra iniciativa cristalizaba: veía la luz pública una revista literaria más, *Vida Mexicana* (Revista mensual de ideas sobre asuntos de interés), dirigida por Daniel Cosío, Vicente Lombardo Toledano, Salomón de la Selva, Eduardo Villaseñor y Enrique Delhumeau. Como dice Luis González (nacido en 1925 en San José de Gracia, Michoacán), esta élite, la de la generación de 1915, sobresalía por

su afán constructivo, su febril actividad a la hora de hacer instituciones. A lo largo de veintitrés años puso de moda ese modo de infelicidad que son las prisas, el atarearse, el ir al trote, el tomar muy en serio el despegue nacional.⁶⁰

El año de 1922 también conoció el estridentismo. Poetas y narradores —Manuel Maples Arce, List Arzubide, Arqueles Vela, Luis Quintanilla, Salvador Gallardo, etc.; pintores, escultores y fotógrafos —Ramón Alva de la Canal, Leopoldo Méndez, Fermín Revueltas, Diego Rivera, Germán Cueto, Jean Charlot, Roberto Montenegro, Tina Modotti— y algunos

músicos —Manuel M. Ponce y Silvestre Revueltas— participaron en ese movimiento vanguardista.⁶¹ El estridentismo nació en Puebla, creció en Jalapa y llegó a la capital del país, donde tomó asiento en el Café de Nadie en la colonia Roma. Escribió List Arzubide en 1928:

Fue cuando el manifiesto de Puebla: list arzubide, acosado por el asombro hirviente de los poblanos, tenía que explicar el credo estridentista en cada lugar.⁶²

El veracruzano Maples Arce inició formalmente el movimiento en diciembre de 1921. Habiendo llegado a principios de 1920 a la ciudad de México, "Maples se impresionó con aquellos aspectos de un creciente centro urbano tan diferente de su existencia provinciana de la costa", afirma uno de sus biógrafos.⁶³ Las tesis del movimiento fueron enviadas a todos los diarios del país y fijadas, en una proclama, en los muros poblanos. Los firmantes se definían "irreverentes, afirmales, convencidos" y finalizaban su exposición ideológica con un sonoro "¡Viva el mole de guajolote!" Y es que, como escribió Alfonso Reyes,

El mole de guajolote es la pieza de resistencia en nuestra cocina, la piedra de toque del guisar y el comer, y negarse al mole casi puede considerarse como una traición a la patria. ¡Solemne túmulo del pavo, envuelto en su salsa roja-oscura, y ostentado en la bandeja blanca y azul de fábrica poblana por aquellos brazos redondos, color de cacao, de una inmensa Ceres indígena, sobre un festín silvestre de guerrilleros que lucen sombrero faldón y cinturores de balas! De menos se han hecho los mitos.⁶⁴

En enero de 1923, el poeta José Juan Tablada se refería así al lugar del famoso mole:

Mística Puebla arquitectónica y musical
Industriosa y simétrica
Inmune a los fonógrafos y a las cosas eléctricas

Y a esa polvareda que pasará
De tantos borregos sin lana
Que no han enriquecido la
Biblioteca Palafoxiana.⁶⁵

El mundo moderno de la máquina y la electricidad —escribe una estudiosa de la poética estridentista— hizo a los estridentistas utilizar estas palabras: anuncios luminosos, eléctrico, andamios sinoples del telégrafo, locomotora, Edison, telégrafos, manubrio.⁶⁶

Pero no sólo había tiempo para las letras. El teatro—frívolo y del otro— y los toros también eran del gusto de los mexicanos. Entonces todavía actuaban Lupe Rivas Cacho y Pompino Iglesias y toreaban Rodolfo Gaona, Juan Silveti y Luis Freg. La vedette que anima la capital del país en los años veinte —cuyo arquetipo es Celia Montalván—, según Carlos Monsiváis, "es el resultado de muchas experiencias: la sucesión de rupturas sociales a que da origen la Revolución Mexicana, el contagio internacional de los *roaring twenties* en Norteamérica, la vitalidad artística y cultural de los muralistas y los escritores en torno a José Vasconcelos, la necesidad de romper estentóreamente con la herencia porfiriana, la autosacralización de la mujer consumada por las divas, la nueva imagen de jóvenes deportivas y desprejuiciadas". El teatro frívolo o de género chico continúa en los veinte la tradición de los teatros malolientes y rijosos del porfiriato, la de los años de la lucha armada, la zarzuela. Celia Montalván, de insignificantes papeles, "se convierte en la *Montalván*, la mujer que provoca revueltas y estragos al recorrer la pasarela del Lírico cantando el cuplé 'Mi querido Capitán', cuya letra terminará por incluirla:

Todas las chicas guapas
como María Conesa,
la Rivas Cacho y la Montalván".⁶⁷

El teatro —afirman Magaña Esquivel y Lamb— "se identifica entonces con la vida del país en un género que por inercia se venía acomodando al modelo del sainete lírico o la zarzuela chica españoles: la revista, que alcanza la prosperidad y su feliz independencia hacia la mitad de la segunda década del 900". Obras como *El Tenorio maderista*, *El país de los cartones* y *La ciudad de los volcanes* recogían la actualidad e introducían tipos, escenas, rasgos de la vida mexicana. Ese momento de la revista lírica tuvo su representativo en el tipo del *payo*, creado por Leopoldo Beristáin; luego evolucionaría hacia la figura del ranchero gritón ideado por Roberto Soto, hacia la borrachita encarnada por Lupe Rivas Cacho, y más tarde hacia el pícaro del barrio capitalino descubierto por Cantinflas. Hay otros intentos en la segunda década del siglo XX: el teatro folklórico (1921), el Teatro del Murciélago (1924) y el teatro de comedia y drama mexicanos, todo ello en la capital del país.⁶⁸

No obstante, se lee en el primero de los dos números que hubo de *Vida Mexicana*:

Y como para conocer el alma de un pueblo, lo más importante es comprender sus gustos, quien desee conocer el alma de México habrá de preguntarse por qué nos gusta el teatro a los mexicanos. ¿Será sólo porque sí y san se acabó? Nos gusta porque los mexicanos poseemos un exceso de energía que no empleamos, porque no sabemos cómo emplearla en nuestra vida cotidiana y por eso la quemamos, *por poder* (como si dijéramos) delegado en el actor, gozando o sufriendo, amando, angustiándonos o matándonos, según él hace en las tablas.

Y líneas adelante:

El *pan teatral* que nos llega es casi siempre malo. Por eso el pueblo prefiere los toros. En los toros hay más lugar para consumir el exceso de energía de que hablábamos.⁶⁹

Otra de las diversiones de algunos mexicanos de los años veinte fue el *dancing*. Para Alberto Dallal, no es casualidad

que el Salón México, en la ciudad del mismo nombre, haya iniciado sus actividades en 1920: "Año de confluencias (asentamiento del poder de la Revolución mexicana, encumbramiento de la cultura nacional, aceptación de la tecnología y la industrialización, etc.), 1920 esboza ya los planteamientos y actitudes de la pequeña burguesía mexicana". Añade: "El Salón México significa asimismo el asentamiento, la institucionalización de una costumbre provinciana: gastar dinero [...] en diversiones, esparcimiento, disipación. Recuérdese cómo familias enteras se desplazaban desde sus lugares de origen (en el 'interior') hasta la capital, el corazón mismo del país, ese gigantesco lugar al cual convergían miedos, curiosidades, epítetos malos y buenos, sentencias, vicios".⁷⁰

Tal vez entonces los niños de las ciudades se divertían como cuenta Agustín Yáñez (nacido en 1904) en *Flor de juegos antiguos*, páginas escritas entre 1931 y 1939 "transidas por el recuerdo de Guadalajara y maceradas en los perfumes, colores, ruidos y decires de la clara ciudad": juegos por Nochebuena,

A la feria de San Miguel
todos traen su caja de miel;
a lo duro, a lo maduro,
que se voltee Ezequiel de burro;

juegos en la canícula,

Todos eran grandes, pesados, con unas manos de fierro. Yo, ya ven, entelerido, descolorido, con unas espalditas reducidas y unas piernas de alambre. Fueron brincando, uno, otro, hasta diez. Me pandeaba. El segundo me dio una patada en la cabeza: luciérnagas volaron en mis ojos abiertos. Iba a decir: —Perdiste, flétate, cuando todos gritaron:
-La cabeza no es del burro;

juegos de agua

Aquellas travesías por nuestro mar de mentiras. Aquellas doradas travesías...
Ya no volverán.⁷¹

Y en los jardines de Zacatecas quizá los niños repetían incansablemente los juegos tradicionales: encantados y encantadores, cuicos y ladrones, las escondidas, la roña, la víbora de la mar, el matarile, el ángel de oro, la naranja dulce, el caracolito, María Blanca, el bebeleche, las canicas, los trompos, el balero, los huesitos.⁷²

Y si nos vamos hasta la capital del país, una lectura de *Revista de Revistas* (Semanao Nacional) puede dar otros ángulos de la vida nacional de los años veinte. Por ejemplo, se descubre la inclinación todavía por lo europeo si se trata de prendas de vestir, perfumes, joyas y métodos de embellecimiento (povos, jabones, etc.), o por los remedios medicinales maravillosos y radicales, la mayoría de origen norteamericano.⁷³

En las boticas, farmacias y droguerías o con agentes o representates especiales uno podía encontrar curas para la diabetes como el vino uranado Pesqui; el vino tónico de Stearns, preparado en Detroit; un método para destruir sin dolor el vello superfluo, Depiblit; el biberón Hygeia, para aminorar la mortalidad infantil; el antiséptico Mu-col o las pastillas tónico-nervina Mitchella, procedentes de Buffalo, N.Y.; el remedio Pe-ru-na, fabricado en Columbus, Ohio.; el antidisépico Bravo, el más poderoso digestivo del mundo; el Mentholatum y la Emulsión de Scott; los productos Saiz de Carlos -Purgatina, Quinofebrina y Stomalix, elixir estomacal; el cinturón eléctrico Supremo; el remedio de Himrod para el asma, fabricado en Jersey City, N.J.; el jarabe calmante de la Sra. Winslow, producido en New York, al igual que Vapo-Cresolene para el asma, el Salvitae, solvente del ácido úrico, y la Piojina; el tratamiento Auroco, de Saint Louis, Mo.; el Litoquimol, para los cálculos hepáticos; Afaco, para disolver las cataratas; los tónicos Phosphogenol, preparado

en New York, y Tanlac, en Chicago; las pastillas Renalúricas, las píldoras de Bristol, el hierro nuxado para el reumatismo; la pomada Baume Bengué, de París, lo mismo útil para la gota, el reumatismo o la neuralgia; las pastillas para engordar Carnol de New York o para enflaquecer las píldoras parisinas Galfon; el VapoRub de Vick, las pastillas para la tos del Dr. Andreu, la Cafiaspirina de Bayer, el compuesto vegetal de Lydia E. Pinkham, de Massachusetts, el aceite de ricino Carlo Erba de Milán; Virilina, producida en Milán, para la anemia, la neurastenia y la impotencia; el aceite de coco Mulsified para la limpieza del cabello y del cuero cabelludo. De todo había, como en botica.

Por otra parte, de los deportes —entonces llamados *sports*— también tenemos noticia en *Revista de Revistas*. En la ciudad de México, por ejemplo, se practicaba el *foot-ball* o balompié: algunos equipos eran el Asturias, el España, el Alemania, el México, el América y el Necaxa. Deporte nuevo y extranjero, aún se decía *score* al resultado y *goal* a lo que ahora decimos simplemente gol; asimismo ya se daban clases de jiu-jitsu y había asaltos de espada de combate en Chapultepec, lugar donde en ocasiones también había carreras de autos y motos; jugaban al frontón gente apellidada Fernández, Michelena, Elorduy, Echeverría, Arnaiz, Garcinava y Ugarte, y al polo señores como Marqués del Apartado, José G. Suinaga, Antonio Pliego y Eduardo Iturbide; y se practicaba el atletismo, el *base-ball*, el *volley-ball*, el *basket-ball*, el *hand-ball*, el *lawn-tennis* y el box. Decía una reseña deportiva que en junio de 1923

con motivo de la visita que hizo a esta ciudad el pugilista argentino Luis Angel Firpo, el Toro Salvaje de las Pampas, se despertó un inusitado entusiasmo por todo lo que a los asaltos de box se refiere.

El pleito Firpo-Hibbard se efectuó el 17 de junio en la plaza de toros El Toreo. A partir de esa fecha el pugilato se convirtió

en uno de nuestros principales deportes. Dado el auge que tomó, en junio de 1923 fue designada la Comisión Mexicana de Box.⁷⁴ Y al tiempo que tomaba auge el deporte de las orejas de coliflor, Enrique González Martínez publicaba su poema "Tuércele el cuello al cisne".

Meses después habría más pleitos: de la Huerta contra Obregón y Calles. Para suceder a Obregón en 1924 al parecer no había quien igualara sus antecedentes militares y sus recursos políticos, y sobre todo quien contara con la simpatía y el respeto de tantas clases diferentes de gente. El general Benjamín Hill había muerto y Francisco Villa había sido asesinado (1923). Plutarco Elías Calles quería ser presidente así como Adolfo de la Huerta. A su debido tiempo Elías Calles fue elegido y tomó posesión el 1 de diciembre de 1924. De la Huerta no estuvo de acuerdo e hizo la maniobra acostumbrada, la revuelta. Fracasó. Huyó a Los Angeles y tuvo que ganarse la vida un tiempo dando lecciones de canto.⁷⁵

El 31 de agosto de 1923 México y Estados Unidos restablecen relaciones diplomáticas. Días después, el general Elías Calles renuncia al cargo de Secretario de Gobernación y acepta ser candidato a la Presidencia de la República. Más tarde renuncia a Hacienda De la Huerta, quien sería el candidato por el Partido Nacional Cooperatista, y Miguel Alessio Robles a Industria, Comercio y Trabajo. De la Huerta argüía como causa el desconocimiento de Obregón al triunfo de Prieto Laurens en San Luis Potosí. El 7 de diciembre se declaró públicamente que la rebelión se había iniciado contra los pretendidos intentos de imposición de Obregón. Se sublevó más de la mitad del ejército nacional y De la Huerta emitió un plan en el que se autodenomina Jefe supremo de la Revolución. Los principales levantamientos en armas en contra del gobierno federal ocurren en Veracruz, Puebla, Jalisco, Campeche, Tabasco, Yucatán y Tamaulipas.⁷⁶

Ya estamos en la fase constructiva. El periodo presidencial de Plutarco Elías Calles ha sido llamado por Krauze de "La reconstrucción económica", aunque los años positivos fueron 1925 y 1926. El proyecto económico incluyó acciones y creaciones en el ámbito de las finanzas (la fundación del Banco de México, las negociaciones de la deuda externa, el saneamiento de las finanzas públicas), los transportes, la agricultura (reforma agraria, irrigación) y laboral. La caída de la economía tendría que ver con el comercio exterior.

A partir de 1925, la capital del país empieza a adoptar una perspectiva moderna: se inauguraban fábricas, se ponían grandes aparadores en las tiendas, los anuncios eléctricos brillaban, las marcas comerciales norteamericanas llegaron a ser tan conocidas como los nombres de las estrellas de cine. Hubo un auge de los bienes raíces de la ciudad de México y de los centros de vacaciones.⁷⁷ Para 1928 en la capital del país ya se había prohibido el uso de coches de caballo para facilitar el tránsito: "El feo y oloroso chapopote empezaba a tapar los adoquines, los barrios residenciales periféricos crecían como hongos, y las colonias populares también".⁷⁸ La Ford había entrado a México cuatro años antes.

Y en la industriosa Sultana del Norte en 1924 se había establecido la Compañía Nacional de Acumuladores, S.A., fabricante del acumulador Monterrey; hacia octubre de 1927, su producción "es de 600 acumuladores y 27,000 placas mensuales y tiene, además, la capacidad productiva necesaria para abastecer el mercado nacional", al decir de una nota publicada en *Revista de Revistas*.⁷⁹

Ya para la segunda década del siglo, los años diez, en plena Revolución, en el transporte colectivo de la ciudad de México los vehículos de motor habían suplantado a los de tracción animal. Renato Leduc, con su ingenio de siempre, recordaba así esos tiempos:

Aquellos improvisados y destartados autobuses —camiones— de los años veintes: motor y chasis *Ford* de la primera hornada

—"fotingos", les llamaba el "pópulo"— un cajón con dos bancas laterales con cupo para media docena de pasajeros en cada una a guisa de carrocería y en el estribo el chango cobrador, pregonando en cada esquina "Hay lugar para dos" pero metía diez y les explicaba cínicamente si reclamaban "Yo grité, hay lugar parados".⁸⁰

La ciudad de México atrajo población rural del sur; Monterrey —para su industrialización— se proveyó con gente de Coahuila y del norte de San Luis Potosí; Guadalajara (Rancho Grande) y León crecieron con refugiados provenientes del campo asolado por la guerra. Durango, León, Colima, Guanajuato, San Luis y tantas otras ciudades llevaban una vida muy diferente a la de la capital del país. Eran mundos distintos.⁸¹

La modernización recrudescida no sólo continuó el traslado de la industria familiar a las fábricas; muchos oficios u ocupaciones habrían de desaparecer (o casi) en pocas décadas: aguadores, arrieros, canteros, carretoneros, carroceros, cigarreros, doradores, dulceros, fusteros, jaboneros, ladrilleros, reboceros, sombrereros, tejedores de palma, etc. La vida de los mexicanos también habría de cambiar. Por ejemplo, durante largos años muchas mujeres mexicanas fueron esclavas del metate, pero la producción mecánica de tortillas transformó la tarea casera. Las mujeres trasladaron su trabajo hogareño a los molinos de nixtamal cuando éstos empezaron a funcionar.⁸² Y hacia 1929 había en el país 3,770 molinos de nixtamal, lo que colocaba a esta rama en el quinto lugar de la industria nacional según el valor de la producción, después de los tejidos de algodón, las plantas de energía eléctrica, los molinos de harina y las refinerías de azúcar y alcohol.⁸³

Para suceder al presidente Elías Calles, Obregón intentó la reelección, y poco antes de que se hiciera realidad, el 17 de julio de 1928, el joven José de León Toral, en San Angel, hizo efectiva la segunda parte del lema maderista; ya el 13 de noviembre anterior había sufrido un atentado dinamitero

en el Bosque de Chapultepec. Días antes de la muerte de Obregón, en junio, en una época de no pocas tensiones y dificultades, había nacido en la capital de la República la revista *Contemporáneos*, lugar de encuentro de un "grupo sin grupo" o "archipiélago de soledades", formado, entre otros, por Carlos Pellicer, Salvador Novo, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Enrique González Rojo, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet. Escribe Monsiváis de los Contemporáneos:

Aunque no estrictamente un grupo [...], afinidades literarias, revistas hechas en común, influencias y aversiones compartidas, la misma intransigente actitud ante el arte, terminaron por asimilar, en una perspectiva histórica, a los escritores que se conocen como generación de Contemporáneos.

Su trabajo generacional (1920-1932) incluye la promoción de revistas (*La Falange*, *Contemporáneos*), la vivificación del teatro (crean grupos, dan a conocer autores, traducen, preparan *sketches* de teatro lírico), la fundación del primer cine club en México, la crítica cinematográfica, la escritura de guiones, la crítica de artes plásticas, la difusión de la nueva poesía no mexicana. Los Contemporáneos, dice Monsiváis, "hacen frente al nacionalismo más agudo y lo combaten arduamente".⁸⁴

Por otra parte, en el lado político, en el camino de la oposición antirreeleccionista, habían quedado dos generales: Francisco Serrano (Huitzilac, 3 de octubre de 1927) y Arnulfo R. Gómez (Teocelo, 5 de noviembre de 1927).⁸⁵ Pero no todo era tragedia. Como se leería en una típica nota periodística, en la gloriosa e inolvidable mañana del 14 de diciembre, una multitud entusiasta y delirante invadió el aeródromo nacional de Balbuena, ansiosa de rendir el tributo de su admiración y el homenaje de su simpatía al coronel Carlos Lindbergh, quien el martes 13 había salido volando de Washington en su Espíritu de San Luis rumbo al valle de México. El presidente

Plutarco Elías Calles y el conocido embajador norteamericano Dwight W. Morrow estuvieron con él en el teatro Iris; la Asociación Nacional de Charros le hizo un homenaje, y trabajadores de las 144 agrupaciones que formaban la Federación de Sindicatos del Distrito Federal participaron en manifestaciones en honor del héroe. No todos la tomaron en serio, como Salvador Novo, quien escribió:

El próximo viaje de Lindbergh será a la Luna. Ha recibido ya una invitación de Lamartine y alunizará durante una puesta de Sol. Todo será alegría, y las estrellas se arreglarán de forma que parezcan una bandera americana. Allá estará también sujeto a escuchar serenatas y a padecer lunadas. Ocho días después llegará su madre a traerle un sandwich de queso de tuna.⁸⁶

Pues bien, después de la muerte violenta de tres aspirantes a la Presidencia (Serrano, Gómez y Obregón), el 1 de diciembre de 1928 el silencioso Emilio Portes Gil, exgobernador de Tamaulipas y exsecretario de Gobernación, se convierte en Presidente Provisional, según lo establecía la ley. A él le tocaría llegar a los arreglos para terminar el conflicto religioso iniciado en tiempos de Elías Calles (1926) y resolver el conflicto que condujo a la autonomía de la Universidad Nacional de México (1929).⁸⁷ En 1929, año muy significativo para la historia de México, se crearía el Partido Nacional Revolucionario (PNR), se sofocaría otra rebelión (la escobarista), se desarrollaría la otra campaña de Vasconcelos, la presidencial, ...⁸⁸ En 1930 presidirá la República el ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Los años treinta

La pasión es la nota que da el tono a la vida de México, sobre todo cuando alguna actividad particular trasciende a la escena pública. No sólo la política, asunto esencialmente público que aquí como en todas partes es materia inflamable, sino un hecho cualquiera que pueda despertar un interés colectivo, es llevado luego al terreno de la pasión.

SAMUEL RAMOS⁸⁹

*¡Cruzada por las palabras
en la edad media del viento!
la mañana telegráfica
signa mi frente y su puerto.
—El telégrafo no dice,
por envidia deletreada,
que suelo medir el sol
como un cabello, en la almohada—*

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO⁹⁰

Estamos en 1930. Ya habitan en México más de 16 millones de personas, la mayoría rural, pues todavía hay tierra para repartir y trabajar. Veamos las cuentas de la Secretaría de la Reforma Agraria: entre 1915 y 1924 se dotaron más de 11 millones de hectáreas y en 1935-1940 casi 19 millones. En 1930 sigue habiendo más analfabetos que alfabetos y continúa la moda de hacer las paredes de adobe.⁹¹

El retorno de una relativa estabilidad política a partir de 1920 y la normalización —también relativa— de las relaciones con el vecino del norte a partir de 1923 permitieron que a finales de los veinte la producción de ciertas ramas de la economía volvieran a lo alcanzado antes de la Revolución y, en algunos casos, lo superaran. Doquier se trabaja, digámoslo poéticamente:⁹²

¡Monterrey, Monterrey!...

Hay semilla en tu surco, humo en tus chimeneas,
el martillo, en tu yunque golpea sin cesar;
hay bullicio en tus aulas y acción en tus ideas,
y un ferviente entusiasmo de amar y trabajar...

Cuando todo apuntaba hacia una etapa de crecimiento, un cambio brusco en las condiciones del mercado mundial —la Gran Depresión de 1929— vino a nublar tan promisorias perspectivas. Según las cifras disponibles, el nivel de vida promedio de los mexicanos en 1932 —cuando la crisis golpeó al país con toda su fuerza— volvió a ser el de 1910.⁹³ Se trata de la cuarta plaga mexicana del siglo, según nos informa Moisés González Navarro.

La industria, incluida la minería, fue el sector más afectado. Hubo reajuste de trabajadores textiles, mineros, ferrocarrileros, etc.; también hubo reajustes (léase disminuciones) salariales, prohibición del trabajo a los extranjeros (los chinos fueron el chivo expiatorio de la xenofobia activada por la grave situación).⁹⁴ Para colmo, la crisis nos devolvió a muchos mexicanos que habían encontrado en Estados Unidos trabajo, casa, vestido y sustento, los cuales, según el cónsul norteamericano en Matamoros, Tamaulipas, parecían "gitanos, porque generalmente regresan ya sea en carretones o en automóviles destartalados, cargados de niños, muebles y animales domésticos".⁹⁵ Dice un impreso de la época (18 de octubre de 1931) —"Despedida! de Karnes City, Texas"— firmado por un tal V. E. Roque:

Mil novecientos treinta y uno
fecha que no olvidaremos,
que por falta de trabajo
a nuestra patria volvemos.
[...]

Adiós Condado de Karnes
donde siempre recidimos,
nos vamos pobres y sin dinero
porque ahorras nunca hicimos.

Todos ganamos dinero
no ol podemos negar,
el defecto que tuvimos
que no lo supimos guardar.
[...]

Aquí se acabó la historia
y molestias en la ocasión,
rogemos a dios no vuelva
la terrible situación.⁹⁶

La repatriación dejó un rastro de miseria y enfermedades (paludismo, tosferina, pulmonía, etc.) a lo largo de las localidades por las que atraviesan los ferrocarriles, y agravó la desocupación.

La emigración mexicana al otro lado había aumentado en 1910-1912 (comienzos de la Revolución), en 1916 (después de las grandes batallas y del hambre), en 1919-1920 (ruptura de Obregón y Carranza) y en 1926-1927 (comienzos de la rebelión cristera). Según una fuente, en el quinquenio 1925-1929, los 238,527 mexicanos representaron 16% de los inmigrantes en Estados Unidos.

A la vista de los inconvenientes del bracerismo, tanto mexicanos como norteamericanos habían intentado impedirlo o, cuando menos, restringirlo. Poco éxito se tuvo. A partir de 1917, por ejemplo, las autoridades intentaron sujetar la salida de los trabajadores a la aprobación del Departamento del Trabajo y de los cónsules del país al que fueran contratados; y en 1922 la Secretaría de Gobernación ordenó que los presidentes municipales informaran a los presuntos braceros de las asechanzas de los *enganchadores* y remitió un modelo de contrato. Diversas medidas se tomaron en Chihuahua, Sonora, Tamaulipas y Coahuila. Pese a las prohibiciones, el

éxodo continuó. Las autoridades mexicanas lo atribuyeron, desde 1927, a "la idiosincrasia de los mexicanos que son naturalmente aventureros".⁹⁷ El censo norteamericano de 1930 indicaba la siguiente distribución de mexicanos por estados:

<i>Estado</i>	<i>%</i>
Texas	48.1
California	25.9
Arizona	8.0
Nuevo México	4.2
Colorado	4.1
Illinois	2.0
Detroit	1.0

Entre 1929 y 1932 comenzó a utilizarse la palabra repatriación para referirse a todos los casos de retorno de mexicanos desde Estados Unidos. Según el Departamento Nacional de Estadística entre 1930 y 1933 regresaron más de 300 mil.⁹⁸

No obstante estos problemas, el nacionalismo no decaía. Afirma González Navarro que en 1931,

el punto máximo de la repatriación coincidió con una intensa campaña nacionalista en pro "de la raza, de nuestra economía y de nuestra cultura". En los domingos nacionales se expendían exclusivamente artículos mexicanos a precios fijos para desterrar "la inmoral retrasada costumbre del regateo". Se izaba la bandera nacional con los honores de rigor y se pronunciaban discursos patrióticos, generalmente a cargo de los directores de escuela.⁹⁹

Entonces había 11,047 escuelas y 1.43 millones de alumnos (1.37 en educación primaria) en el sistema educativo del país.¹⁰⁰

Este optimismo postrevolucionario recuerda el "optimismo inspirador de la independencia" a que se ha referido en alguna

ocasión Luis González.¹⁰¹ Prueba de ello es esa revista literaria, *Nuestro México* (Un magazine mensual exclusivamente mexicano), cuyo primer número se publicó en la ciudad de México en marzo de 1932. Véase esta declaración de propósitos, firmada por su director, el pintor Armando Vargas de la Maza:

Así nace hoy NUESTRO MÉXICO, con un miraje más amplio, ya que su finalidad no será sólo dar a conocer las bellezas de nuestra ciudad, sino todas las maravillas de nuestro México en este momento en que la vida mexicana, lo mismo en el arte que en la literatura, como en el aspecto social, merece la atención del mundo entero.

Nuestro México quería concretarse únicamente al *hecho mexicano*, por el convencimiento de que México necesitaba un órgano propio para expresar su pensamiento y

exhibir a los ojos del mundo, lo mismo las nuevas y poderosas corrientes artísticas, literarias y sociales que han surgido de nuestra magna Revolución, así como el maravilloso acerbo [sic] que ofrece la monumental historia de su pasado, cualquiera que sea la época que se ponga a revisión.¹⁰²

Magno, maravilloso, monumental. ¿Adjetivación desmedida?

Entre los colaboradores de *Nuestro México* había escritores (Francisco Monterde, Rubén M. Campos, José y Celestino Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Gregorio López y Fuentes, Edmundo O'Gorman, Porfirio Barba Jacob), fotógrafos (Luis Márquez, Manuel Álvarez Bravo y Alfredo Jiménez) y dibujantes. *Nuestro México* duró sólo ocho números mensuales, de marzo a noviembre de 1932, pero dio un repaso de la diversidad nacional: de lugares quedaron imágenes de la ciudad de México, el Bajío, Oaxaca, Michoacán, Yucatán, Nuevo León; de música, danza, pintura, arte popular, cinematografía, fotografía, arquitectura, teatro, literatura e historia mexicanas hay constancia en ese

magazine. *Nuestro México* subrayó, a veces con un criterio muy amplio, la importancia y significación internacional que las artes plásticas adquirieron en el México postrevolucionario (José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Francisco Goitia, Jorge González Camarena, la fotografía de Alvarez Bravo, el cine de Serguei Mijailovich Eisenstein y las artes populares), sin descuidar otros aspectos fundamentales de la cultura nacional. Esa era su contribución a la *mexicanización* del alma ciudadana, pues aún subsistían rasgos de extranjerismo. Se lee en el editorial de agosto:

Uno de los resultados más valiosos de la Revolución, es seguramente ese que ha venido a destruir el falso criterio que sustentaron las generaciones pasadas, sobre que lo mexicano era inferior, prefiriendo por este mismo concepto todo lo extranjero, sea cual fuere el objeto o cosa ya imprescindible o superflua para la vida de la sociedad de aquel entonces [...]

Estaba México tan dominado por esas falsas ideas, que se creía que todo lo europeo era del buen tono.¹⁰³

Desde el primer número José Gorostiza nos regala unas estampas mexicanas de primera: barrios y lugares, tipos como el chafirete, el cargador de número, el remendón, el gendarme, el bolero, el gachupín, el gringo o la quintopatiera "Delgaducha, graciosa. Manos enrojecidas por el contacto frecuente de jabón y escobeta. Uñas rotas. Ojos dulces, bonitos, como en todas las canciones, pero vidriosa por el desvelo y el hambre". Ahí están de nuevo los contrastes: la colonia, "barrio moderno, asfalto, pasto inglés, alumbrado *a giorno*", donde la vida transcurre dentro, en la suntuosa morada; y el barrio, donde se encuentran escenas (más típicamente mexicanas:

El aire de la vivienda mínima pesa sobre su corazón como un cielo nublado. Huye, pues, de sí mismo y se echa a la calle, se desborda a lo largo de las aceras, sobre las plazas, en los jardines, arrastrando la más abigarrada impedimenta: la carpa,

el organillo, las aguas frescas, el volantín, la lotería, el perro, las fritangas... Universo desordenado que coloran overoles y rebozos y ensordecen los gritos de todos los fonógrafos de todas las tiendas y cafetines de la calle.

Esta estampa corresponde a barrios de la ciudad de México —Peralvillo, La Bolsa, Tepito, San Lázaro—, entonces con poco más de un millón de habitantes, pero podría ser también de otras ciudades. Agustín Yáñez entonces hacía retratos de la feria de San Juan de los Lagos, Jalisco, "la villa que huele toda a pie de arcángel". Sigue:

confundidos entre devotos y mercaderes, entran a la feria Pedro, Juan y Francisco, de oficio ladrones. En la nacional apretura [...] se juntan con doce amigos cómplices y recorren los puestos, donde las riquezas de la patria, donde el arte de los cuatro vientos mexicanos.

Se disimulan, se dispersan. Conectan sus miradas. Es mediodía ominoso. Es la noche, turbia. Pedro y Francisco se encuentran, se dan un empujón, entre el mar humano levantan el castillo de sus palabras, se tiran el agrio ponche, encendido, de sus injurias.

Se abrazan sus dicitos en un solo fósforo: brillan dagas; el círculo de los ojos se dilata, se enciende la ristra del escándalo, bate sus alas el murciélago del temor: zancas de señora, sombreros de señor, gritos descabezados de inocentes. Las cobijas de Pedro, de Francisco, riendo vergüenza, tolean los cuernos acerados. Hierve la multitud.¹⁰⁴

Y si hemos de hablar del ocios, del curado de apio o de fresa, aquí está la mención de Gorostiza al

hacinamiento de la pulquería, asamblea de colores, disco de Newton en reposo, donde la nota fresca, húmeda, de las tinajas, juega con el reflejo de los tornillos de vidrio. Grito dramático del rojo aserrín que se desangra en el suelo. Noche de las esferas grandes y chicas de papel de plata y de papel dorado, que cuelgan pesadamente del techo. Flecós, gusanillos, guías de papel multicolor. Guirnalda de cedro puntuadas de margaritas.¹⁰⁵

A las pulquerías las pintaban con cortinajes, cordeles dorados, flecos, borlas, abanicos y paisajes, puestas de sol, palmeras y pavo reales.¹⁰⁶

La industria pulquera, típicamente mexicana, más bien dicho otomí, cuyos dueños no eran precisamente indígenas (o si lo eran renegaban de su origen) —la "aristocracia pulquera", como los llamó José Vasconcelos— no había podido ser desterrada por la Revolución. Vasconcelos había escrito con pasión en el tercer número de *El Maestro*:

México es el país donde el pueblo come menos y bebe más. En nuestras ciudades de la Mesa Central no hay fondas humildes ni alimentos limpios. El hombre del pueblo que tiene diez centavos no puede comprar un vaso de leche, pero sí puede comprar un vaso de pulque.

[...] Los hacendados culpan al pueblo que consume pulque, pero no reconocen que el crimen es de ellos.¹⁰⁷

Elena Poniatowska, con telefoto, desde los ochenta, ha visto otro aspecto de la industria, los expendios de pulques finos o supremos, como La Sonámbula, donde encima del mostrador estaba colgado un letrero que quienes eran alfabetos podían leer:

Vayan entrando
Vayan bebiendo
Vayan pagando
Vayan saliendo.

Las pulquerías se llamaban muy bonito, dice: Semiramis, La Norma, La Reina, La Valiente, Orita Vuelvo, La Esperanza en el Desierto, Las Primorosas, La Muerte y la Resurrección, El Atorón, Los Recuerdos del Porvenir.¹⁰⁸

En un álbum mexicano de los años treinta tampoco podrían faltar las visiones de ese cronista de la ciudad de México, el lampacense José Alvarado, llegado a la capital del país en 1930 después de haber militado en el vasconcelismo:

Y no puedo olvidar la entrada del automóvil en que subimos, al Paseo de la Reforma. Ni podría tampoco describir mi deslumbramiento. Sólo puedo decir que había un aire desconocido para mí y una luz nunca vista; me sentía como el hombre que sale de un mundo incompleto para llegar hasta otro, terminado de hacer y pletórico de grueso vaho humano, producido por el amor, la aventura y un anhelo inextinguible. Y ese vaho me acariciaba la piel y penetraba mi olfato. El coche se detuvo unos momentos detrás de otro, al llegar a una esquina y pude ver a través del vidrio posterior de ése, fugazmente, a una pareja unida en un beso.¹⁰⁹

Esta es su visión, escrita en 1949, de esos barrios con dos caras —la diurna y la nocturna:

Por la noche los mariachis llenan la calle, desparramando al aire libre sonos jaliscienses y michoacanos que más o menos púdicas señoritas escuchan desde los automóviles, mientras en las tabernas, hay mozos que discuten la desesperanza al calor de ponches de granada con corazones de nuez y viejos, que, todavía, arreglan enfáticamente la República, enardecidos con el tequila de perlitas. La Plaza de Garibaldi ve pasar, entre los focos de té de canela con alcohol y las pequeñas llamas de las vendimias de discutible barbácoa, de heterodoxo pescado frito y de pambazos tristes, a conscriptos desbalagados, mozas del partido, poetas inéditos, adolescentes vagabundos, andróginos, cancioneros de tangos o de quejas yucatecas, mecánicos, existencialistas alborotados, estudiantes y meseras.¹¹⁰

Y hablando de sustento, echémosle un ojo a los tacos y a las tortas. Los mexicanos de entonces (y de ahora), eran taqueros, le entraban a los de maciza, le tupían a los de buche y a los de oreja.

Sigamos esta letanía-imágenes propuesta por Poniatowska:

En México la taquería es un negocio que no tiene pierde: todos, albañiles, voceadores, pepenadores, basureros, violinistas, camioneros, monjas, periodistas, taquimecanógrafas,

historiadores, coristas, estudiantes, peluqueros, toreros, mariachis, floristas, astrónomos [ya había en los años treinta mexicanos] y Carlos Monsiváis [nació en 1938], todos le entramos a la taqueada, todos comemos tacos, todos los arrebatamos con la mano, los tragamos de prisa, nos chupamos los dedos porque están siempre de chuparse los dedos, barriga llena, corazón contento, barriga mantecosa y bien lubricada, repleta de cilantro y de perejil, corazón encendido de amor patrio, de México lindo y querido si muero lejos de ti.¹¹¹

De las tortas, pediremos la crónica a don Artemio de Valle Arizpe:

Era un placer grande el comer estas tortas magníficas, pero el gusto comenzaba desde ver a Armando prepararlas con habilidosa velocidad. Partía a lo largo un pan francés —telera, le decimos— y a las dos partes les quitaba la miga; [...] en seguida ponía rebanadas de lomo, o de queso de puerco, según lo pidiera el consumidor [...] Con ese mismo cuchillo le sacaba tajadas a un aguacate, todas ellas del mismo tamaño.¹¹²

Y para qué sigo... Pero si como postre sólo quisiéramos bosquejar la historia de un aspecto dulce de la gula del oeste de México —Michoacán, Guanajuato, Aguascalientes, Nayarit, Jalisco y Colima— más valdría pedirle un cuento al hombre de San José de Gracia, pues tiene enorme gracia para hablarnos de lo que sí había en los años treinta y tiende a desaparecer con la ayuda de la modernidad:

Son célebres los ates y compotas de durazno, pera, guayaba, membrillo, fresa, piña y chirimoya de la región moreliana. Dondequiera hay camote tatemado y leche quemada. En algunos pueblos purépecha se hace shapata o pan de alegría. De la región de Zamora provienen chongos, mermeladas y huevos reales. Por culpa del radio y la televisión los niños de hoy en día abandonan pencas de mezcal, jaleas, merengues, pirulíes, palanquetas, colaciones, bolitas, caramelos, biznaga, trompadas, ponteduro, alfajor y charamuscas.¹¹³

Basta de hartazgos, ésta no es una guía de descarriados. Mejor asomémonos al cine sonoro, nueva diversión, que también contribuye en la década de los treinta con sus estampas de la vida nacional. Su inicio —afirma Monsiváis— es un melodrama, *Más fuerte que el deber* (1930), película dirigida por Raphael J. Sevilla, nacido en la capital del país y fogueado en Hollywood:

Típicamente, el repertorio temático se va delineando desde las primeras películas, abigarrado y nítido: respeto inalterable a la familia, la propiedad privada y el Estado, lo que en la anécdota se concreta de muchas maneras:

- caporales ennoblecidos por la obediencia.
- afirmaciones de la nacionalidad/afirmaciones de la localidad.
- incestos rectificados por la tragedia.
- identificación de maternidad con sacrificio y redención de la ingratitude por medio del perdón póstumo.
- gangsters que aguardan —junto a un puesto de sopes— el violento amanecer de Chicago.

[...]

- últimas palabras con las que se podría escribir una enciclopedia.
- jaripeos que se desdoblan en serenatas a la luz del mariachi.
- prostitutas que negocian su alma mientras reservan (púdicas) su cuerpo.
- galanes immaculados que restauran con su puño las facciones inarmónicas del villano.

[...]

- mujeres cuya abnegación dicta el estilo de usar rebozo.
- rostros indígenas promovidos a la categoría del maguey y las nubes.

[...]

- realidad diminuta acabada de nacer.¹¹⁴

Los mexicanos urbanos de los años treinta tuvieron a su disposición, pues, una amplia cartelera nacional. Si dividimos en dos partes a la década, como lo hace Emilio García Riera, en la primera (1929-1936) ya estaba una nueva versión de *Santa* —"que no fue en rigor la primera película sonora mexicana, pero sí la inaugural, por los planes industriales y

la instalación técnica que respaldaron la producción"—, *Contrabando*, *No matarás*, *Madre querida*, *La mujer del puerto*, *El compadre Mendoza*, *Dos monjes*, *Redes*, *Janitzio*, *¡Vámonos con Pancho Villa!*, *Allá en el Rancho Grande* (dirigida por Fernando de Fuentes), *El anónimo*, *¡Viva México!*, *Chucho el Roto*, etc. El melodrama ranchero *Allá en el Rancho Grande* influyó notablemente en el desarrollo industrial del cine mexicano:

si en 1936 habían sido 25 las películas nacionales producidas, en 1937 se llegó a 38 y, de éstas, más de la mitad, unas veinte, se acogieron a la fórmula propuesta por la de De Fuentes: color local, costumbrismo y folclor.

En 1938 hubo 57 nuevas películas —veinte con el atractivo del color local, entre ellas *Juan Soldado*, producida en Tijuana—, y en 1939 y 1940, debido a la saturación, sólo 38 y 29 respectivamente. *Ahí está el detalle* fue un éxito fenomenal. "Bustillo Oro encontró al fin la mejor forma de utilizar la gracia de *Cantinflas*, contraponiendo su habla incoherente de 'peladito' capitalino a la prosopopeya clasemediera".¹¹⁵

Otro retrato mexicano, urbano también, de los años treinta lo encontramos en la literatura, en *El camarada Pantoja*, del también emigrado a la capital del país Mariano Azuela. Es Sábado de Gloria. Se multiplican los truenos, arrecian los estallidos, los *judas* —de todos tamaños, de distintos colores, de variadas formas— revientan por todas partes. El rosario sin fin de los trenes comienza a desgranarse; se mueven los automóviles. Remolinos de cachuchas, fieltros y pajas se hacen y deshacen en ondas invasoras a lo largo de las calles. El fotingo se pone también en movimiento.

Se abrió la Gloria. Poco a poco ha ido cesando el estruendo de los cohetes: las calles se vaciaron y ahora se transita sobre una alfombra de papel prensado por millares de pies y de ruedas, en un ambiente de pólvora y cartón quemados, que pica la nariz y la garganta.¹¹⁶

Ya es 1934 y un filósofo michoacano nos ofrece públicamente, en un libro, *El perfil del hombre y la cultura en México*, un retrato de los mexicanos, un psicoanálisis del *pelado*, del urbano y del burgués mexicanos. El primero constituye "la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional", individuo que "lleva su alma al descubierto, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes. Ostenta cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular". En lo económico es menos que un proletario y en lo intelectual un primitivo. "La vida le ha sido hostil por todos lados, y su actitud ante ella es de un negro resentimiento". El mexicano de la ciudad, según Samuel Ramos, es desconfiado: si es comerciante, no cree en los negocios; si profesional, no cree en su profesión; si político, no cree en la política. "El mexicano considera que las ideas no tienen sentido y las llama despectivamente 'teorías' [...] Parece estar muy seguro de su sentido práctico". Es lo menos *idealista* posible. Entonces, ¿por qué vive el mexicano?

Tal vez respondería que no es necesario tener ideas y creencias para vivir...con tal de no pensar. Y así sucede, en efecto. La vida mexicana da la impresión, en conjunto, de una actividad irreflexiva, sin plan alguno.

En el fondo, "el mexicano burgués no difiere del mexicano proletario, salvo que, en este último, el sentimiento de menor valía se halla exaltado por la concurrencia de dos factores: la nacionalidad y la posición social". Los de la clase elevada, sin embargo, disimulan completamente sus sentimientos de menor valía; además, poseen "más dotes y recursos intelectuales [...] para consumir de un modo perfecto la obra de simulación que debe ocultarle su sentimiento de inferioridad".¹¹⁷ Bueno, eso pensaba Samuel Ramos.

Y con esos mexicanos —incluso los repatriados— en las elecciones presidenciales de ese año, triunfa el candidato del PNR. Los 2,265,971 votos se distribuyen así:¹¹⁸

<i>Candidatos</i>	<i>Votos</i>	<i>%</i>
Cárdenas	2,225,000	98.19
Villarreal	24,395	1.07
Tejeda	16,037	0.70
Laborde	539	0.03

Según la nota de *Tiempo de México*, fechada el 2 de diciembre, en la toma de protesta presidencial del general Lázaro Cárdenas en el Estadio Nacional —a reventar—, predominaron esta vez los obreros. "En las tribunas blanqueaban con los trajes de manta y los sombreros de palma de los campesinos, y, a manera de islas en ese mar de gente, grupos de indígenas, que vestían los trajes propios de su región, se hicieron también presentes". En la pista, en las localidades reservadas a los políticos, los trajes de etiqueta brillaron por su ausencia. Cárdenas llegó vestido con un sobrio traje de calle de color oscuro, contrastando con el *jacquet* de otro general, Abelardo L. Rodríguez, quien entregaba el poder; en 1932 el Congreso lo había elegido como Presidente, tras la renuncia de Ortiz Rubio.¹¹⁹ Estamos en la edad de oro, a juzgar por lo escrito en muchos libros de historia.

Según los demógrafos, hacia 1934 habría cosa de 18 millones de personas habitando en el suelo patrio, los más en el centro y en lo alto del país. Según cuenta Luis González, la gente del México de 1934

era al mismo tiempo joven y achacosa, por ser su país uno de los más insalubres, desnudos, desnutridos y desabrigoados del mundo, donde morían 25 por mil al año, donde la guadaña de las enfermedades infecciosas y parasitarias mochaba mucha vida, donde una criatura de cada cuatro se convertía en 'angelito' antes de vivir doce meses, donde los más de los niños sobrevivientes crecían esmirriados, estomagudos y con zancas de popote.¹²⁰

Con razón Mauricio Magdaleno escribía cosas tan desagradables, que seguramente ocurrían en los tugurios, como éstas:

Del silencio de las loberas brotaba, noche adentro, como un vaho penetrante —humus fecundo, podredumbre, vida—, un chillido aterido —el de la carne nueva que proclama su balbuceo inicial— y aumentaba la tropa de chamacos pringosos e ictericos, fáciles presas del sarampión y el tifo y la viruela, y la hembra, al día siguiente del alumbramiento, se echaba sobre los lomos la carga habitual de leña y trasponía el monte en pos de unos centavos por cinco arrobas de cal.¹²¹

En 1934 "México mantenía el campeonato en la mala distribución de la fortuna, del poder, de los honores y de las letras que le había adjudicado Humboldt en 1803", cuenta Luis González. Y dentro del aislamiento característico de la población del país, los indios ocupaban el primer lugar. Las manifestaciones de humildad menudeaban en gestos, en dichos y en conductas. Eran lugares comunes el encogimiento, el no levantar los ojos, la inclinación de cabeza, la quitada del sombrero, la arrodilladura y el paso breve. No era difícil escuchar expresiones autodenigratorias: "Señor, aquí está tu pendejito; haz de él lo que quieras". Todo esto también lo escribió (textualmente) el multicitado historiador.

En cambio, las ciudades de 1934 (la de los palacios, la perla de occidente, la sultana del noreste, la joya del oriente, la ciudad blanca del sureste, la reina oscura del Pánuco, etc.), como las de ahora, eran el asiento natural de fábricas y talleres, almacenes y tiendas, bancos y casas de empeño, bufetes y consultorios, palacios de gobierno y oficinas públicas, estaciones de ferrocarril y terminales camioneras, pistas de aterrizaje, cafés, bares y prostíbulos, casas de juego, cinemas, teatros, plazas de toros, parques, asilos, museos, clubes...¹²²

Después de estas panorámicas, tal vez se entienda mejor el párrafo siguiente, originario de una biografía del nuevo mandamás de la República:

Como presagio simbólico de que los tiempos cambiarían, el presidente Lázaro Cárdenas tomó varias pequeñas decisiones iniciales: dispuso la instalación de un hilo telegráfico directo para que el pueblo presentara sus quejas al Ejecutivo, abrió las puertas de Palacio Nacional a todas las caravanas de campesinos e indígenas que quisieran verlo, mudó la residencia oficial del suntuoso Castillo de Chapultepec a la modesta residencia de Los Pinos [...] y soltó este comentario a Luis L. León, director de *El Nacional*: "—Mira Luis, es muy conveniente que desde hoy, cada vez que en *El Nacional* se mencione el nombre de mi general Plutarco Elías Calles, procuren quitarle el título de Jefe Máximo de la Revolución".¹²³

Tal vez así se capte con claridad por qué Cárdenas emprendió sus jornadas agraristas y nacionalizadoras. Y como durante más de 50 años se ha recordado el 18 de marzo, sería suficiente relatar —para completar el cuadro— que ese día, a la caída de la tarde, don Lázaro comunica a sus secretarios de Estado —entre ellos su sucesor en 1940, el último general presidente, Manuel Avila Camacho— la aplicación de "la Ley de Expropiación a los bienes de las compañías petroleras por su actitud rebelde"; y antes de que dejara de ser 18, a las 10 de la noche, en el salón amarillo del Palacio Nacional, lee y radiodifunde las razones de sus obras.¹²⁴

Hacia 1940 el fermento de optimismo nacional comienza a menguar y Alfonso Reyes, en unas reflexiones sobre el mexicano tituladas «Alfabeto, pan y jabón», publicadas en 1945, se preguntaba qué daría de sí nuestra gente cuando haya resuelto y edificado la base de sustentación. Responde así:

A veces me he echado a soñar con ese México, no digamos ya feliz, porque eso sería mucho y aún imposible: siquiera suficiente. Hasta hoy todos vivimos aquí un poco a trompicones,

y menos mal los que de veras podemos llamarnos privilegiados. Pero nosotros mismos traemos cara de mala conciencia. Sabemos que hay cadáver en la bodega. Cuando pensamos en el país, vagamente nuestra subconsciencia nos representa inmensos reductos de poblaciones que arrastran una existencia infrahumana.¹²⁵

Pero no todo estaba perdido. Para cerrar este álbum, recurro, como al principio de estas notas, a la obra de otro extranjero, esta vez el venezolano Picón-Salas, a su *Gusto de México*. En Oaxaca aún florece el arte popular —tejidos, lacas, imaginería y rebozos—y aún están ahí los cuatro moles, coloreados, picantes y sabrosos.¹²⁶

Referencias bibliográficas

- ¹ Anita Brenner, *La Revolución en blanco y negro. La historia de la Revolución Mexicana entre 1910 y 1942*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 13.
 - ² Fragmento de 'La feria de las balas' de la novela de Martín Luis Guzmán "El águila y la serpiente", en Antonio Castro Leal, *La novela de la Revolución Mexicana*, tomo I, México, Aguilar, 1978, p. 306.
 - ³ Brenner, pp. 19-20.
 - ⁴ Enrique Krauze, *Místico de la libertad. Francisco I. Madero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 11, 35-38 y 43-49.
 - ⁵ Mario Contreras y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX, 1900-1913. Textos y documentos*, tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, pp. 326-327.
 - ⁶ Brenner, p. 19.
 - ⁷ *Así fue la Revolución Mexicana. 7. La Revolución día a día*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 1332-1333.
 - ⁸ Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1958, p. 342.
 - ⁹ *Estadísticas históricas de México*, tomo I, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, pp. 16-21.
 - ¹⁰ Alfonso Reyes, "El hombre desnudo", *Nosotros*, núm. 3, febrero de 1913, p. 66.
 - ¹¹ *Revista de Revistas*, 23 de febrero de 1913, p. 1.
 - ¹² *Ibid.*, p. 2.
 - ¹³ *Ibid.*, p. 4.
 - ¹⁴ *Ibid.*, p. 16.
 - ¹⁵ *Revista de Revistas*, 2 de marzo de 1913, p. 2.
 - ¹⁶ Ver *Así fue la Revolución Mexicana. 4. La lucha constitucionalista*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
 - ¹⁷ *Ibid.*, pp. 735-737.
 - ¹⁸ Vicente T. Mendoza, *El corrido mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 50 y 53.
 - ¹⁹ Moisés González Navarro, *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983, pp. 31-32.
 - ²⁰ *Así fue la Revolución Mexicana*, tomo 7, p. 1441.
 - ²¹ Véanse los libros de Berta Ulloa, *Historia de la Revolución Mexicana. 4. La revolución escindida e Historia de la Revolución Mexicana. 5. La encrucijada de 1915*, México, El Colegio de México, 1979.
 - ²² González Navarro, *Cinco crisis*, pp. 32-33.
 - ²³ *Revista de Revistas*, 4 de febrero de 1917, p. 1.
-

- ²⁴ Ramón López Velarde, "La avenida Madero", *Pegaso*, tomo I, Núm. 1, 8 de marzo de 1917, p. 1.
- ²⁵ Enrique Krauze, *Puente entre siglos. Venustiano Carranza*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 133.
- ²⁶ Genaro Estrada, "Automóviles", *Pegaso*, núm. 9, 4 de mayo de 1917, p. 3.
- ²⁷ González Navarro, *Cinco crisis*, p. 38.
- ²⁸ Krauze, *Puente entre siglos*, p. 134.
- ²⁹ Mendoza, *El corrido*, p. 81.
- ³⁰ Gerardo de la Torre, "El hombre que conoció a Zapata", *El Cuento*, Núm. 90, 1984, pp. 318 y 320.
- ³¹ Juan Bustillo Oro, *Vientos de los veintes, Cronicón testimonial*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, p. 9.
- ³² Brenner, p. 61.
- ³³ Manuel Durán, *Antología de la revista "Contemporáneos"*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 14.
- ³⁴ Germán List Arzubide, *El movimiento estridentista*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 155.
- ³⁵ Mendoza, *El corrido*, p. 63.
- ³⁶ Enrique Krauze, *El vértigo de la victoria. Alvaro Obregón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 67.
- ³⁷ Julio Torri, *De fusilamientos y otras narraciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 49-50.
- ³⁸ *Estadísticas históricas*, tomo I, *passim*.
- ³⁹ Ver Luis González, «La Revolución Mexicana desde el punto de vista de los revolucionados», *Historias*, Núm. 8-9, enero-junio de 1985, pp. 5-13.
- ⁴⁰ González Navarro, *Cinco crisis*.
- ⁴¹ Krauze, 1987, p. 84.
- ⁴² Tomás Mojarro, *Yo, el valedor (y el Jerásimo)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 31.
- ⁴³ Alvaro Matute no se cree el "argumento simple del civilismo". Dice: "La candidatura de Bonillas suena a provocación para que los candidatos castrenses [Obregón y Pablo González] trataran de llegar al poder por la fuerza de las armas y así quitarles toda legitimidad". Ver su *Historia de la Revolución Mexicana. 8. La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980, pp. 60-61.
- ⁴⁴ Ramón López Velarde, "La Suave Patria", *El Maestro*, núm. III, pp. 311-314.
- ⁴⁵ *Estadísticas históricas*, tomo I, pp. 24-32.
- ⁴⁶ Oscar J. Martínez, *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 84.
- ⁴⁷ Martínez, pp. 87-88.
- ⁴⁸ Martínez, pp. 105-106.

- ⁴⁹ Fernando Jordán, *El otro México. Biografía de Baja California*, México, Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1976, pp.73 y 86.
- ⁵⁰ Martínez, p. 85.
- ⁵¹ Salvador Novo, *Crónica regionmontana*, s.p.i., s.f., pp. 20-21.
- ⁵² Daniel Kuri Breña, *Zacatecas. Civilizadora del norte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 35.
- ⁵³ Enrique Krauze, *General misionero. Lázaro Cárdenas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 19-20.
- ⁵⁴ Pablo González Casanova, *La clase obrera en la historia de México*. 6. *En el primer gobierno constitucional (1917-1920)*, México, Siglo XXI, pp. 171-173.
- ⁵⁵ Jorge Durán Arp-Nisen, "El movimiento inquilinario de Guadalajara, 1922", *Encuentro* (Guadalajara), Vol. 1. Núm. 2, enero-marzo de 1984, pp. 8-9.
- ⁵⁶ Vicente T. Mendoza, *Glosas y décimas de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p.227.
- ⁵⁷ *Nuestro México*. 11. *El movimiento inquilinario de Veracruz*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, *passim*.
- ⁵⁸ Durán, pp. 11 y 27.
- ⁵⁹ Marta Acevedo, *El 10 de mayo*, México, Secretaría de Educación Pública/Martín Casillas, 1982, *passim*.
- ⁶⁰ Luis González, *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, p. 99.
- ⁶¹ Esther Hernández Palacios, "Acercamiento a la poética estridentista", en *El estridentismo: memoria y valoración*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 134-135.
- ⁶² Líst Arzubide, p. 21.
- ⁶³ Kenneth C. Monahan, "Preludio al estridentismo", en *El estridentismo*, pp. 95 y 102.
- ⁶⁴ Alfonso Reyes, *Memorias de cocina y bodega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pp.129-130.
- ⁶⁵ *Revista de Revistas*, 24 de febrero de 1924, p. 13.
- ⁶⁶ Hernández Palacios, p. 141.
- ⁶⁷ Carlos Monsiváis, *Celia Montalván (te brindas, voluptuosa e impudente)*, México, Secretaría de Educación Pública/Martín Casillas, 1982, pp. 26, 28, 31, 44 y 47.
- ⁶⁸ Antonio Magaña Esquivel y Ruth S. Lamb, *Breve historia del teatro mexicano*, México, Ediciones de Andrea, 1958, pp. 99-100.
- ⁶⁹ *Vida Mexicana*, tomo I, Núm. 1, diciembre de 1922, p. 21.
- ⁷⁰ Alberto Dallal, *El "dancing" mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 93.
- ⁷¹ Agustín Yáñez, *Obras escogidas*, México, Aguilar, 1973, pp. 1199-1317.
- ⁷² Kuri, p. 40.

- ⁷³ Para esta enumeración hemos revisado diversos números de *Revista de Revistas* correspondientes a los años veinte.
- ⁷⁴ "Los principales acontecimientos deportivos del año", *Revista de Revistas*, 6 de enero de 1924, p. 50.
- ⁷⁵ Brenner, pp. 73-74.
- ⁷⁶ *Nuestro México. 12. De la Huerta contra Obregón y Calles*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 4-5.
- ⁷⁷ Brenner, pp. 76-77.
- ⁷⁸ Enrique Krauze, *Historia de la Revolución Mexicana. 10. La reconstrucción económica*, México, El Colegio de México, 1977, pp. 279 y 282.
- ⁷⁹ *Revista de Revistas*, 30 de octubre de 1927, p. 21.
- ⁸⁰ Renato Leduc, *Historia de lo inmediato*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 50.
- ⁸¹ Krauze, 1977, pp. 283 y 286.
- ⁸² Dawn Keremitsis, "Del metate al molino: la mujer mexicana de 1910 a 1940", *Historia Mexicana*, Núm. 130, octubre-diciembre de 1983, p. 285.
- ⁸³ Lorenzo Meyer, *Historia de la Revolución Mexicana. 13. El conflicto social y los gobiernos del maximato*, México, El Colegio de México, 1978, p. 75.
- ⁸⁴ Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo xx", en *Historia general de México*, tomo IV, México, El Colegio de México, 1976, pp. 363-364.
- ⁸⁵ *Nuestro México. 14. Serrano y Gómez: la oposición liquidada*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 17 y 49.
- ⁸⁶ *Revista de Revistas*, 25 de diciembre de 1927, pp. 33, 23 y 5.
- ⁸⁷ No sobra recordar que la Universidad Michoacana fue la primera universidad autónoma del país, cuando gobernaba el estado el ingeniero Pascual Ortiz Rubio (1917). Ver Jaime Castrejón Díez y Marisol Pérez Lizaur, *Historia de las universidades estatales*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, pp. 47-48.
- ⁸⁸ Ver *Nuestro México. 13. El conflicto religioso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984 y *Nuestro México. 16. La campaña de Vasconcelos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- ⁸⁹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 109.
- ⁹⁰ Del poema "Gaceta", en Durán, p. 98.
- ⁹¹ *Estadísticas históricas*, tomo I, *passim*.
- ⁹² Del poema de David Alberto Cossío, "La epopeya de Monterrey", *Nuestro México*, tomo I, Núm. 5, julio de 1932, p. 50.
- ⁹³ Meyer, *El conflicto social*, pp. 9 y 11.
- ⁹⁴ Ver González Navarro, 1983, pp. 64-100.

- ⁹⁵ Camille Guerin-Gonzales, "Repatriación de familias inmigrantes mexicanas durante la Gran Depresión", *Historia Mexicana*, núm. 138, octubre-diciembre de 1985, pp.244-245.
- ⁹⁶ Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929-1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 111.
- ⁹⁷ Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, tomo II, México, UNAM, 1974, pp. 131, 133, 207 y 208.
- ⁹⁸ Carreras, pp. 36, 57 y 174.
- ⁹⁹ González Navarro, 1983, p. 89.
- ¹⁰⁰ *Estadísticas históricas*, tomo I, p. 85.
- ¹⁰¹ Luis González, *Once ensayos de tema insurgente*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1985, pp.71-90.
- ¹⁰² Armando Vargas de la Maza, "Propósitos", *Nuestro México*, tomo I, Núm. 1, marzo de 1932, p. 5.
- ¹⁰³ "Mexicanización", *Nuestro México*, tomo I, Núm. 6, agosto de 1932, p. 7.
- ¹⁰⁴ Agustín Yáñez, "El tumulto", *Nuestro México*, tomo I, núm. 5, julio de 1932, p. 14.
- ¹⁰⁵ José Gorostiza, "Estampas mexicanas", *Nuestro México*, marzo de 1932, pp. 6-7.
- ¹⁰⁶ Elena Poniatowska, *El último guajolote*, México, Secretaría de Educación Pública/Martín Casillas, 1982, p. 43.
- ¹⁰⁷ José Vasconcelos, "Aristocracia pulquera", *El Maestro*, núm. 3, 1 de junio de 1921, pp. 215-217.
- ¹⁰⁸ Poniatowska, pp. 41-42.
- ¹⁰⁹ José Alvarado, *Cuentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977, p. 198.
- ¹¹⁰ José Alvarado, *Visiones mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 27.
- ¹¹¹ Poniatowska, pp. 50-51.
- ¹¹² Artemio de Valle Arizpe, "Las tortas de Armando", en Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 1980, p. 149.
- ¹¹³ Luis González, "La virtud capital de la provincia", *Diálogos*, Núm. 113, septiembre-octubre de 1983, p. 67.
- ¹¹⁴ Carlos Monsiváis, "Notas", 1976, pp. 436-437.
- ¹¹⁵ Emilio García Riera, *Historia del cine mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, pp. 77-110.
- ¹¹⁶ Mariano Azuela, *Obras completas*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 670-671.
- ¹¹⁷ Ramos, pp. 49-59.
- ¹¹⁸ *Estadísticas históricas*, tomo I, p. 291.
- ¹¹⁹ *Tiempo de México. Segunda época*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984.


- ¹²⁰ Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana. 14. Los artífices del cardenismo*, México, El Colegio de México, 1979, p. 7.
- ¹²¹ Mauricio Magdaleno, *El resplandor. El compadre Mendoza*, México, Promexa, 1979, p. 34.
- ¹²² González, *Los artífices*, pp. 19, 23 y 34.
- ¹²³ Krauze, *General misionero*, p. 120.
- ¹²⁴ Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana. 15. Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981, p.178.
- ¹²⁵ Alfonso Reyes, *La x en la frente*, México, Porrúa y Obregón, 1952, p. 76.
- ¹²⁶ Mariano Picón-Salas, *Gusto de México*, Porrúa y Obregón, 1952, pp. 56-57.

Esta edición consta de 500 ejemplares
y se terminó de imprimir en abril de 1996,
en los talleres de Quick Print, S.A. de C.V.

Juan Ruiz de Alarcón N° 233,

Guadalajara, Jal. México

La edición estuvo a cargo de Cecilia Herrera
Departamento de Extensión Universitaria
del ITESO.



Este retrato de época, la de 1910-1940, tiene un objetivo: los aspectos de la vida cotidiana de los mexicanos, los muy diversos mexicanos; los aspectos más generales, los de los medios de subsistencia (o si se quiere, el trabajo), los de las necesidades diarias (casa, vestido y sustento) y los del ocio y el juego. El primer montaje, así como los siguientes, está enmarcado en el ambiente político, económico, social y cultural de esos años.

Hay, con seguridad, instantáneas casi veladas, movidas, con alto contraste, recortadas (por antiguas); las hay individuales, de cuerpo entero o tamaño credencial, y de grupo; hay también vistas aéreas, panorámicas (como de tarjeta postal) y algunos acercamientos. Incluso unas tienen más colorido que otras, aunque es difícil hacer notar el blanco y negro, el sepia, los colores. En fin, en tratándose de un álbum, los retratos pueden identificarse por fecha.

Francisco J. Núñez de la Peña ha publicado los libros: *El terremoto: una versión corregida*, ITESO, 1988 (con J. Orozco); *Cien años del Banco Nacional de México en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, 1990; *La administración en desarrollo*, Hache-té/ITESO, 1990 (con J. de la Cerda); *La canasta de los números. Información y análisis macroeconómicos*, ITESO, 1992, y *Tarahumara: el mundo de Pepe Llaguno*, Fundación José A. Llaguno, 1994 (con D. Gutiérrez y A. Gómez). Actualmente es profesor en el ITESO.